

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administr.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

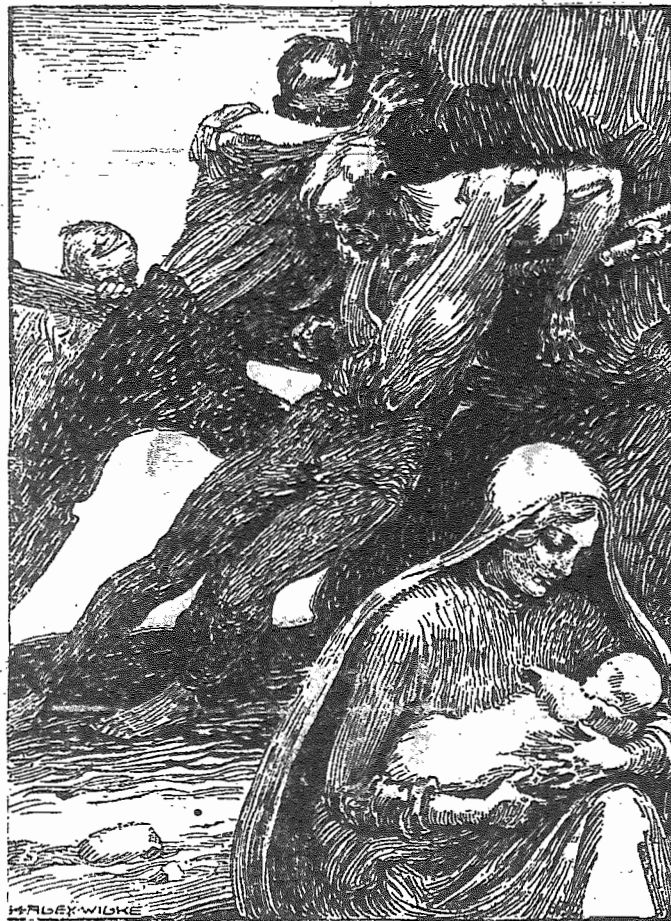
Burocracia, Comercio y Comunismo

Los bolcheviques no intentaron únicamente conciliar la teoría del Estado con la concepción comunista. De la misma manera que pretendieron sostener que, gracias a la nacionalización de las industrias y la propiedad privada, podrá el proletariado desarrollar libremente sus actividades y ser el dueño de su trabajo, limitándose el Estado a ejercer simples funciones tuteladoras, han llegado a defender la tesis de que el comercio, bajo ciertas condiciones, era el medio más factible para mantener el intercambio entre los diversos pueblos y regiones. En realidad la introducción del comercio en Rusia significa el abandono de todo vestigio de comunismo agrario, que existió aún en la época del zarismo. Y no es posible aceptar como compatible con la concepción comunista, aun tratándose de la autoritaria, el monopolio ejercido por el Estado con su política de las requisas y los impuestos, ni mucho menos la reciente autorización de comerciar, concedida a los campesinos para que a su vez adquieran las semillas y los implementos de trabajo que necesitan para iniciar las cosechas.

Bajo el régimen bolchevique, régimen de Estado y de autoridad, el comunismo no podía prosperar. La burocracia destruyó con su prepotencia todo germen de independencia y aniquiló el espíritu libertario que inspiró al pueblo en su lucha contra el despotismo zarista. Y es fácil comprender que, sin libertad, no hay comunismo, porque la existencia del Estado — máxime si asume las formas centralistas del Estado bolchevique — supone la eliminación de organismos autónomos basados en el libre acuerdo y el apoyo mutuo entre sus componentes.

Un periodista burgués recientemente expulsado de Rusia por haber revelado ciertos vicios del régimen bolchevique, ha confirmado lo que siempre sosteníamos nosotros respecto a esa incompatibilidad del Estado y el comunismo. La poderosa burocracia "comunista", que tiene en sus manos todos los resortes del poder y es la verdadera dueña de Rusia, fué eliminando todos los elementos de oposición y matando paulatinamente el espíritu libertario de los trabajadores. Y ved como ese periodista burgués nos da a conocer la situación actual del proletariado frente al gobierno creado con la llamada dictadura de los obreros, campesinos y soldados que hicieron la revolución:

"El comunismo en Rusia ha muerto. Ha muerto dentro del Kremlin, donde quedó substituído por una política de oportunismo y de conve-



El trabajo todo lo puede y lo vence cuando es libre y nuestro. Pero hoy, manos arteras se apoderaron de lo que otras manos laboran. El hambre anda suelta a caza de víctimas. El conventillo vomita día a día cadáveres y cadáveres.

Sin embargo, la tierra no se ha cansado de fecundar la semilla, ni el árbol de dar sus frutos. Hay minas de carbón, hay truts de salitre, hay ferrocarriles, automóviles, joyas. Lo necesario y lo superfluo.

¡Oh maravillosa fuerza creadora del trabajo! — El haraposito se contempla en la vitrina de las joyerías y en cada esquina hay una mano de mendigo que implora.

El trabajo todo lo vence, hasta la dignidad del hombre. — ¿Verdad obreros? ¿Verdad burgueses?

nencias, y ha muerto fuera del Kremlin, donde lo reemplaza un régimen de especulación.

"El Gobierno actual de Rusia es de hecho uno de los Gobiernos más burocráticos del mundo. Trata de emplear todos los recursos que tiene a mano para mantener al país bien sujeto bajo su dominio. Los comunistas detentan el poder, no en su calidad de comunistas, sino como una clase gobernante altamente organizada.

"La mayoría, que se da cuenta de la impracticabilidad del comunismo, está dispuesta a seguir un programa de convencionalismo, con el fin de conservar el poder, y la minoría sostiene todavía, ciertamente, el credo comunista, pero resulta demasiado débil para ejercer una influencia decisiva sobre el programa del

partido.

"Sin embargo, su fuerza numérica es todavía suficiente para que en el Kremlin no se tenga el deseo de perder su concurso. De ahí los ocasionales gestos con que el Gobierno trata de tranquilizar a los comunistas y de convencerlos de que la causa del comunismo no será vencida".

He ahí la obra de la burocracia, empeñada en conservar su situación de privilegio y mantener en pie el Estado creado "provisoriamente" para defender las conquistas de la revolución. En cuanto a los efectos de la nueva política económica, a la introducción del comercio y el restablecimiento parcial de la propiedad privada, véase lo que al respecto dice el mismo periodista:

"En cuanto a la vida diaria de la población, ninguna ciudad euro-

pea dista tanto del comunismo como Moscú. Al dejar yo la ciudad, ésta se hallaba entregada a una vorágine de comercio. Todo el mundo estaba especulando. Hasta los hogares se habían convertido en mercados en miniatura, y muchas veces he encontrado a amigos míos regateando con los especuladores en sus propias salas de recibio.

"Si los comerciantes reparten sus ganancias con el Gobierno, pagando licencias, propinas, etc., pueden comerciar con entera libertad, en todas las formas, sin atenerse a ninguna reglamentación sobre los precios y sin ninguna limitación en cuanto a la clase de las mercaderías, y todo ello a pesar de la enorme escasez de productos que hay en Rusia".

La obra de aniquilamiento del pueblo ruso marchó paralela al aumento de poder del Estado bolchevique. Y resulta que, hoy, a pesar de estar Rusia económicamente completamente debilitada, nunca fué tan fuerte el Gobierno, ni dejó sentir con tanto rigor su peso sobre las espaldas del proletariado.

En un régimen comunista no se concibe la existencia del Estado. Significa esto que, por lo mismo que en Rusia hay Estado, el comunismo no puede coexistir con ese régimen de autoridad política y despotismo económico, aun cuando ambas cosas se ejerzan en nombre del mismo proletariado.

Sí, el comunismo ha muerto en Rusia. Más bien podríamos decir que fué ahogado en el vientre de la Revolución antes de producir el alumbramiento...

La lucha contra el hambre

Nosotros no creemos que el hambre exista como una enfermedad endémica, a la que hay que combatir con medidas sanitarias... Tampoco aceptamos la teoría de Malthus, que supone la falta de elementos necesarios para alimentar a todos los hombres, recomendando un límite a la procreación para evitar los efectos de la miseria.

El hambre es un producto del régimen social, la consecuencia del sistema económico que rige a los pueblos. No faltan alimentos, que se pudren almacenados y con los que especulan los acaparadores, sino que hay superabundancia en unas partes y escasez en otras, debido a la falta de verdadera solidaridad entre los hombres. En la misma Rusia hambrienta se consiguen alimentos, si hay dinero para adquirirlos. ¿Por qué? Porque allí, como en todas partes, persiste la organización capitalista y el hambre es una consecuencia de esa organización, agravada por otra serie de factores propios del estado de descomposición económica por que atraviesa ese país.

Los bolcheviques, para combatir la "plaga del hambre", debieron apelar al capitalismo internacional, y es que son los capitalistas los únicos que pueden combatir con eficacia esa "plaga", puesto que tienen en sus manos la enfermedad y el remedio... Según un informe telegráfico fechado

= NOTAS =

en Berlín, en una sesión extraordinaria efectuada en Moscú por el "Comité Central de la Lucha contra el hambre", se discutieron las perspectivas que ofrece la próxima cosecha. Y discutiendo ese punto capital, el citado Comité adoptó la siguiente resolución:

"A pesar de los esfuerzos heroicos de la población rusa, la superficie de la siembra en la región del hambre no llega a un 50 por ciento de la de 1914.

"Es absolutamente necesario concentrar energías y asegurar la importación de maquinaria agrícola y de ganado, para reemplazar el plantel ganadero.

"La acción humanitaria de socorros es indispensable, pero ella no debe limitarse a alimentar a los hambrientos, sino que es necesario preparar el camino para el restablecimiento de la agricultura en Rusia.

"Hay capacidad en las regiones ahora castigadas por el hambre, de vivir el próximo año de la propia cosecha."

Y agrega el informe que se resolvió convocar a una conferencia que se celebrará en Berlín, y en la cual participarán todas las organizaciones mundiales consagradas a combatir el hambre. Se invitará además a Anatole France, Bernard Shaw, Gabriele D'Annunzio y a otros intelectuales de renombre."

El hambre, pues, es un problema de organización. Escasean los productos en Rusia porque no se siembra lo suficiente para alimentar la producción, no porque la tierra no produzca. ¿Por qué, pues, hablar de la epidemia del hambre? Aun cuando se siembre bastante en Rusia, el hambre no desaparecerá totalmente, puesto que había allí hambrientos cuando toda Europa comía el trigo de sus enormes graneros.

El "rito suritmico"

El corresponsal de la Associated Press en New York, informa a los diarios rícos lo siguiente:

"Un nuevo rito, el "rito suritmico", ha aparecido en los templos de Nueva York y ha tenido su iniciación en la Iglesia protestante episcopal de San Marcos. Se trata de la introducción de la danza en las ceremonias religiosas cristianas. Como una forma de adoración y de fe.

Esta innovación, absolutamente original en el mundo cristiano, llamada probablemente a tener gran resonancia, ha sido introducida por el rector de esta iglesia, Dr. William Norman Guthrie, quien sostiene que la función de la ceremonia religiosa es principalmente la de poner a los fieles en el mismo tono espiritual y que esto no puede lograrse en nuestros días, sino modificando los rituales según hayan variado las tendencias y afinidades espirituales de la sociedad.

En un sermón preliminar a las danzas el Dr. Guthrie explicó a los fieles que en su concepto el templo había perdido su antigua utilidad y que sólo adaptándolo a la evolución del mundo podría realizar su anterior función. Según dijo, se trata en nuestros días de proporcionar a la gente inteligente una nueva forma de adorar a Dios y esta forma sólo puede ser la de la belleza.

Explicando sus ideas, recordó que el renacimiento religioso de Grecia siguió a la ejecución por los grandes escultores de obras que dieron a los símbolos de la religión griega formas de belleza. "Por qué no va una iglesia como esta — preguntó — a causar un similar renacimiento de fe, por medio de la belleza de las formas plásticas, por medio de la danza?"

Después de este sermón comenzó una extraña ceremonia religiosa consistente en la recitación de versos a la Virgen María y de cánticos a la Anunciación. En seguida comenzó la danza, que representó el despertar del mundo a la ley natural y en seguida a la ley espiritual. Delante del altar se corrió una cortina y ante ella aparecieron cuatro niñas, de pies desnudos, vestidas de blusas blancas e iluminadas por reflectores eléctricos.

Las danzantes movieron rítmicamente a los acordes del órgano y representaron una escena de adoración. Con ellas y ante ellas en las manos, ofrecieron a la Virgen María su tributo y encendieron las llamas simbólicas de un candelabro de

Preventivos militares

El comandante de la cuarta división del ejército argentino ha dictado una resolución y la ha repartido entre los diversos cuerpos de su mando "para contrarrestar las prédicas subrepticias de extranjeros, que, trayendo agravios de otras partes, pretenden quebrantar o mermar la moral del ejército", según dice. Por lo visto este arrastrasable ignora que hoy esas prédicas subrepticias no son mercadería de exportación y que el país las produce en abundancia; ignora que las últimas *hazañas* del ejército argentino han sido un excelente medio para que esas prédicas recorran sin esfuerzo todo el país y hasta sean exportadas al extranjero.

En efecto, ¿quién no conoce hoy, no sólo dentro el territorio nacional, sino más allá de las fronteras, las atrocidades cometidas por las tropas de línea en Santa Cruz?

No hemos sido los antimilitaristas argentinos, casualmente, quienes mejor han aprovechado ese hecho militar en beneficio de las ideas; han sido, seguramente los del extranjero quienes han explotado con más amplitud el asunto, aunque también lo ignore el comandante de la cuarta división; los de Perú, los de Chile, Estados Unidos y otros países americanos, tienen comidilla para rato con los fusilamientos de obreros en la Patagonia.

No son los agravios del extranjero los que llegan hasta el cuartel argentino; son los que el ejército argentino ha inferido a la nación matando con salvajismo inaudito a obreros nacionales y extranjeros; son esos agravios los que ahora están minando la moral del ejército.

No se preocupe el comandante Chipont por lo que le podamos hacer los trabajadores extranjeros que habitamos este suelo; es en el extranjero, hasta donde llegó el eco de la masacre patagónica — en donde se está juzgando en estos momentos la conducta miserable de las tropas argentinas.

La moral del cuartel, por otra parte, no pella. — porque no existe. El ejército sigue siendo la escuela del crimen y nadie, que no sea un imbécil, puede aceptar que sea a la vez una escuela de moral. Será inútil, para borrar el desprecio que ha caído sobre las tropas que asesinaron al proletariado de Santa Cruz, todo el esfuerzo que hagan los generales, aunque invoquen para ello a "la gente modesta de la campaña".

Esa gente, aunque es modesta, no por eso es imbécil. Y también hasta ella ha llegado el horror de la masacre y el horror a carne humana quemada por la soldadesca borracha de sangre y alcohol.

Comunismo

No es posible, no podemos aceptar el comunismo como sistema de gobierno. Ese es un comunismo autoritario, dego-

nueve brazos. La escena tuvo cuatro partes, cada una de las cuales suponía representar símbolos de la fiesta del día.

Bien, muy bien por ese reverendo. Las iglesias deben servir para algo. ¿Y, qué mejor que hacerle la competencia a los Music-Halls y a los cabarets? Siquiera así irá alguien a los templos del señor, refugio de viejas beatas y de reblandecidos chupacrisos.

nerado, embustero, falluto. La aspiración humana a vivir en común, nada tiene de semejante con ese comunismo; no hay nada de común entre una y otra cosa. Mientras esta aspiración quiere que todo sea de todos, sin trabas y sin menoscabos, así en el consumo como en la producción y en el disfrute de los gozos, que no haya más que una clase de gente — la especie humana — para que se establezca la armonía y el orden por la ausencia de categorías; mientras esta aspiración se concreta a querer que, en cuanto a producir, cada cual haga lo que pueda según sus fuerzas o su capacidad de inteligencia y en cuanto a consumir, que lo haga según sus necesidades físicas, como es racional mientras estasueña con esa vida de amor y de bonanza, aquel — el comunismo de gobierno — proclama, con todo el aplomo de su autoritarismo: "el que quiera comer, que trabaje"; es decir que no solamente deben trabajar los aptos física e intelectualmente, sino que también los inaptos, los impedidos, los inválidos, sean ciegos, cojos o mancos — ¡vaya una justicia!

Por eso negamos ese comunismo de Estado, y lo negamos porque no es tal comunismo. Dentro de ese sistema no hay nada de común; y esto es sencillo: no han desaparecido las categorías, las clases, y, además, rige ese principio ferroz de que si no se trabaja no se come; no hay armonía ni cosa que se parezca.

¿Y entonces por qué se llaman comunistas? Por lo mismo que los otros políticos, los republicanos, le llaman democracia a su sistema: para colocar su gobierno en un pedestal vistoso.

Ese comunismo es un camoufflage para atraer la atención del proletariado y nadamás.

No hay derecho

El clero ha recibido una bofetada herida en la persona del obispo de Montevideo, e, inconsecuente con su doctrina de manscudumbre, protesta del hecho.

Si negar el derecho que todo el mundo tiene a la protesta, afirmamos que el clero debería soportar en silencio la afrenta, por muchas razones. En primer lugar, porque comparados los crímenes cometidos por el clero con los herejes de todos los tiempos, el hecho presente carece absolutamente de importancia criminal, no es la presunción de un delito — mirado, naturalmente, desde el punto de vista de la razón — Considerar crimen a este atentado y ponerlo al lado de las monstruosidades criminales realizadas por el clero, equivale a querer comparar la talla criminal de un ratoncillo con la de una hiena.

En segundo lugar, porque si hay alguien responsable de que haya locos impulsivos como el que atentó contra el obispo — pues solamente a un loco puede ocurrirle matar a esa cucaracha habiendo tantos canallas en quien emplear con más provecho las balas — ese alguien es el clero, por que es quien ha enloquecido a la humanidad con su religión extravagante y venenosa.

¿Hay algo más criminal que la religión católica? ¡Nada! Y esto lo sabe cualquier clerical; en su fuero interno todos ellos están convencidos que la religión es un crimen de lesa humanidad, aunque sos-

tienen lo contrario porque así conviene a este régimen de chacales en que vivimos.

Fuera del crimen moral perpetrado desde que existe el catolicismo, están las hogueras de la Inquisición, están las mazmorras con sus mil instrumentos de tortura, está el perpetuo atentado del monstruo refugiado en el confesionario. La cuenta de los seres humanos desaparecidos entre las sombras tenebrosas de la religión católica, sumaría cantidades astronómicas.

¿Qué significa, entonces, ese atentado frente a semejante crimen? ¡Si es como una gota caída en el océano!

¿Y quién pretende comparar el rasguño producido por el diente de un ratón con el zarzapalo de la fiera?

Cállese el clero, porque se condena.

LADRONES LEGALES

El robo legalizado es la más sagrada de las instituciones. La propiedad privada tiene una consagración de muchos siglos y está garantizada por las leyes divinas y humanas. Y por obra de la ley, que es inalterable en ese punto en todas las legislaciones, el despojo es la forma más legítima de posesión, siempre que se ajuste a prescripciones codificadas.

Durante la guerra se hizo de la rapiña un medio licito de lucha entre los dos bandos colocados frente a frente. El derecho de conquista es lo más viejo que se conoce en materia de legislación y de acuerdo con ese derecho procedieron, en mar y tierra, germanos y aliados. Pero la victoria de un bando modificó el sentido a ese derecho y los únicos despojados resultaron los vencidos, que debieron hasta responder de sus rapiñas ante el tribunal de los vencedores.

La legalidad es una manifestación jurídica puramente convencional, como el derecho es la resultancia de un hecho impositivo. La fuerza es la única que consagra los actos legales y a la fuerza está sometida la interpretación del derecho.

¿Por qué, además de perder su flota mercante y su escuadra, deben los alemanes pagar las reparaciones de los pueblos y ciudades devastadas por la guerra? Por que en ese juego macabro en que se jugaron los destinos de la humanidad, resultaron ellos los perdedores.

En la revolución rusa perdieron también los capitalistas. Pero no por eso abandonaron la partida. Y con el mismo derecho de conquista, el proletariado expropió a los ricos las propiedades que ellos detentaban gracias a una anterior expropiación. ¿No está claro el origen de la legalidad y del derecho codificado?

La burguesía, que no puede alegar otros derechos que los de conquista, protesta contra los revolucionarios rusos porque se apropiaron de la propiedad privada. Pero nada dicen referente a los actos de expropiación cometidos por los gobiernos aliados, alegando simples razones de conquista.

El gobierno tiene la forma de un embudo: lo ancho para uno y lo estrecho para los demás.

Elevarse no es subir como los gatos sobre los tejados, o encaramarse como los monjes del jardín zoológico sobre el techo de sus jaulas; elevarse es superarse, superarse es mejorarse, mejorarse es desbestializarse. — ALMAFUERTE.

GERMINAL

Por RUDOLF ROCKER

¡Renovador de la vida, anunciador de una nueva existencia, espíritu de destrucción, espíritu creador, nosotros te saludamos! A través de la imagen sombría de un presente abortado, sentimos el cálido aliento del mañana, nosotros, abrumados por la maldición de los siglos y cuyo ardoroso deseo consume los corazones como una llama incandescente.

Tempestades de invierno te precedieron, frías tempestades de invierno, para liberar los espíritus de los escombros y del cieno de las tradiciones y de las concepciones torpes que encadenan nuestras voluntades y sofocan el acto de la liberación.

Se nos ha enseñado a concebir y a comprender "históricamente" las diferentes fases de nuestra esclavitud y, desde entonces, jadeamos bajo el fardo del pasado, y en una muda reverencia, admiramos el cordón velado que nos ata a las formas serviles del pasado milenar. No somos utopistas ya, sabemos distinguir entre lo posible y lo imposible; conocemos muy bien las fronteras en que el dato práctico se pierde en las concepciones fantásticas y en las ideas sin limitación. Hemos reflexionado y medido científicamente cada extensión de la esclavitud humana, y nos regocijamos de haberlo hecho. Hemos ordenado nuestras relaciones con el pasado ¿sucumbirá nuestro porvenir?

Una canción lejana parte de una isla misteriosa en el mar desconocido que ningún navegante ha visto aún; repercute plena de esperanzas en algunos de nosotros. Se les llama los últimos retoños de la raza del noble caballero de la Mancha, guardianes del Graal del ideal, soñadores que han salido del terreno de la realidad práctica para, con sus espíritus, acampar más allá de las nubes. Fueron siempre los criminales para los nueve veces sabios del "buen sentido humano", porque desprecian las viejas tradiciones de reverencia y de orden impuesto por la ley.

Llevar el signo de caines de la libertad sobre la frente; un impulso que germina, una obstinación de rebeldía se oculta en sus corazones; su camino va más allá de los abismos, por que evitan a propósito los senderos trazados por la banal vulgaridad. Muchos de ellos caen en las simas abiertas, pero no se consideran nunca víctimas, y el perfume de incienso del mártir les parece insípido y fútil. Obrar siempre por un impulso interior y obrar así por que no sabrían hacerlo de otro modo.

Lo extraordinario y lo extraño les atrae; les es necesaria la utopía para vivir. Son alumbreadores del porvenir, heraldos de la ciencia; afirmadores de la vida. Su mirada es pura, su paso alerta, por que su espíritu no está cargado con las tradiciones de la servilidad que nos ligan a los hechos del dato histórico.

¡Salud a vosotros, criaturas de paso alerta, cuya alma abraza el impulso destructor y la alegría creadora para hacer nacer nuevos mundos!

¡Tradición de la servilidad! Es la epidemia disimulada que aplasta nuestra fuerza y absorbe nuestra voluntad, es el fardo eterno que nos oprime y que ahoga nuestro deseo ardiente en el vaso de los viejos hábitos antes de florecer. Todo el peso de la historia humana cae sobre nosotros, y no nos atrevemos a desbarazarnos del fardo por miedo a caer en la nada. Gimiendo, nos encerramos con nuestro bagaje histórico en las callejuelas de la vida y cargamos ya al porvenir con las hipótesis del pasado. Todo el enorme cúmulo de viejas fórmulas y de ideas anticuadas, en las que la chispa de la realidad viva está extinguida desde hace mucho tiempo, nos oprime y arroja nuestro espíritu al abismo. Un espíritu fué una vez abrigado en esas viejas envolturas y se oyeron los latidos del corazón de la vida, pero esa época está muy lejos y no nos quedan más que escorias sin valor y el brillo empañado de una pasada grandeza lanza un resplan-

dor engañoso, como el vil mica amarillo sobre la roca muda.

Nuestro cerebro se parece a una cámara de curiosidades donde se refugian fantasmas; en todas partes las momias, las "verdades" embalsamadas, los santuarios carcomidos sobre los que no sopla ya el hábito de ningún dios. El sombrío reflejo del pasado brilla misteriosamente sobre los viejos cofres y altares donde se exhala el olor de los tiemposidos. Nada más que la tradición de la servilidad y el respeto a todas las máscaras gesticuladoras del pasado, tras de las cuales no hay ya ninguna vida real, nos liga a ese cambio de fantasmas y de imágenes muertas. Pero ese mundo de pálidos fantasmas y de ilusiones divinas está entre nosotros y la realidad de las cosas y nos muestra todas las apariencias de la vida bajo una forma desfigurada. No vemos la verdadera existencia más que a través de la sombría atmósfera de tradiciones abstractas y, cuando creemos haber conocido la naturaleza de las cosas, no son más que las sombras chinescas que se reflejan sobre la realidad material de esas cosas, lo que hemos aprehendido.

No vemos la realidad sino por las perspectivas del pasado, o, mejor dicho, no vemos más que la apariencia de las cosas y no las cosas como son verdaderamente. Pero esta apariencia de las cosas, esta ilusión de la realidad se nos aparece como la existencia perfecta, como la realidad superior, a la que sacrificamos constantemente nuestra existencia propia. Alimentamos las quimeras de nuestras ideas abstractas con nuestra sangre arterial (última gota de sangre) y así somos las víctimas de una ilusión de óptica que hace que la realidad viva se nos aparezca como algo irreal, como un fantasma. Es la sombra de las cosas la que nos lleva a hacer sacrificios, la que nos obliga a arrodillarnos. Peter Schlemill, a quien el "hombre de capa gris" compró la sombra, fué hundido en la desesperación cuando vio que había al mismo tiempo perdido su adoración y su respeto.

El hombre creó a Dios según su imagen, pero lo hizo instintivamente, con toda la puerilidad de un niño al que no se ha revelado todavía el sentido de las cosas. Miró en el espejo mágico de la naturaleza omnipotente que reflejó su imagen agrandada. Y se arrodilló con temerosa piedad ante ella, a la que llamó Dios y que fué para él una realidad absoluta a la que había inmolado su propia existencia.

Así el creador fué el esclavo de su propia creación, la quimera fué realidad. Cuanto más grande y más poderoso se apareció Dios al hombre, más grande fué el sentimiento de nulidad del creador mismo. Fruto de su imaginación, el hombre le dio todas las cualidades prodigiosas, y en la apariencia de gloria de esta divinidad, todo lo que era humano debía aparecerse vano y miserable.

En tanto que la creencia divina de los pueblos fué rodeada de la poesía ingenua de la primera juventud, los hombres no se dieron cuenta de la gran tragedia de su falta. Pero más tarde, cuando la creencia pueril del principio se envolvió en fórmulas muertas de los dogmas teológicos y la comunidad de los creyentes se transformó en Iglesia, la humillación de los hombres fué un principio divino y la piedra angular de todas las religiones reveladas.

Dios lo fué todo, el hombre nada. Como un mendigo, el hijo de la tierra se prosternó ante su propia imagen y le pidió protección y bendición. Así la tierra fué para él un valle de lágrimas y la vida una maldición. Para salvar el alma divina, mortificó el cuerpo y los deseos sensuales. En la misma medida que el fantasma-Dios crecía y se hizo un gigante, el hombre se encogió y no fué más que un miserable filiput, sin valor para acercarse a la sombra muerta de su propio "yo" más que en una sumisión temerosa y por intermedio de los elegidos: Dios todo, el hombre nada.



LA DESGRACIA

(Dibujo de Kahte Kollwitz)

"¡Yo soy el Señor, tu Dios!" El grito repercute a través de los milenios de la historia humana y millones y más millones de hombres han inclinado e inclinan todavía la cabeza ante el ídolo que ha salido de su propia imaginación y no debe su existencia más que a la locura de su creencia.

Las formas de la creencia han cambiado en el curso de los siglos, pero sus raíces son siempre las mismas, trátese del fetiche del salvaje o del Dios abstracto de los monoteístas. Es siempre el mismo cambio místico de los roles: apariencia que se transforma en realidad, la cosa creada que se convierte en señor y amo de su creador. El número de los dioses caídos es legión. Pero Dios no ha caído nunca y nos hace gestos siempre bajo nuevas máscaras. Aun cuando el hombre derriba un viejo ídolo de su pedestal, no es sino para humillarse en el polvo ante otra divinidad.

En nombre de Dios, el hombre soporaba el fardo de toda tiranía, santificaba cada crimen que los sacerdotes indicasen como expresión de la voluntad divina, se sacrificaba constantemente para asegurarse el apoyo de su ídolo. No es el azar el que hizo que casi todas las religiones estén basadas en la idea de sacrificio, porque Dios se alimentaba de la sangre del hombre, de la savia viva de la existencia material del hombre.

Doquiera un sacerdote predica la palabra de Dios, donde los creyentes ávidos de sacrificios se arrojan en el polvo, acometidos de un miedo sagrado ante un ser superior, allí hay un Gólgota en que está crucificado el hombre. Proudhon había concebido bien la raíz íntima de la tragedia humana al decir: "¡Dios es la cobardía y la estupidez; Dios es la hipocresía y la mentira; Dios es la tiranía y la miseria; Dios es el mal!"

Pero Dios no está solamente en las Iglesias de los creyentes y en los libros sagrados de los teólogos, está instalado en todos los dominios de la vida humana y habita los rincones más ocultos de nuestro cerebro.

Cada creación de Estado no es más que una traducción política del principio de autoridad divina y lo que llamamos simplemente "política", no ha sido nunca otra cosa que teología del Estado. No es en vano que se nombren "rey por la gracia de Dios", porque el poder de la realeza y del Estado en general han salido de la misma fuente que la omnipotencia de Dios. De Maistre, el gran apóstol de la reacción, afirma en sus escritos que toda forma de gobierno es teocrática y que toda constitución viene de Dios.

Todo poder es, en su última naturaleza, de origen divino; porque no es la fuerza brutal la que hace vivir un Estado político, sino la creencia sagrada en su necesidad absoluta, la tradición de la servilidad, que impulsa siempre al hombre a sacrificar la realidad viviente a una sombra muerta. Como todo poder, por su naturaleza misma, es divino, es consecuentemente absoluto, aunque trate de ocultar su debilidad bajo la apariencia de una modesta justicia parlamentaria. Que se trate de la forma fetichista del Estado, donde el principio del poder encuentra su expresión inmediata en el monarca, de la abstracta "república una e indivisible" de los jacobinos, o, mejor aún, de la famosa "dictadura del proletariado" de los Lenin y Trotzky, eso no tiene importancia: estos Estados no difieren más que por la forma; la naturaleza de las cosas no ha cambiado.

El seco Bonald, indigesto, pedante e intrépido defensor del principio de autoridada había, antes, penetrado esta verdad cuando escribía estas palabras terribles: "Dios es el poder soberano de todo ser; el Hombre-Dios es el poder sobre toda la humanidad, el jefe de Estado es el poder sobre todos sus súbditos, el jefe de familia es el poder en su casa. Como todo poder es creado a imagen de Dios y es de origen divino, todo poder es absoluto".

Solo que Bonald no había comprendido una cosa, no había podido comprenderla. Comprendió que la divinidad está en el origen de todo poder, pero no comprendió el origen de la divinidad, que él suponía con existencia eterna. No se dio jamás cuenta de la gran tragedia humana y reuña en su misma persona el engañado y el engañador.

Así como Dios no alimenta su existencia nebulosa más que en la imaginación del hombre y no le hace sentir su poder divino más que por la actividad ilegítima de los sacerdotes y de los elegidos, la concepción del Estado no es tampoco sino una creación abstracta cuyo poder material no se ha rebelado más que por la fuerza de los representantes y de su burocracia jerárquica.

El creyente espera todo bien de Dios, porque su propia fuerza le parece vana. Por la misma razón, el súbdito creyente lo espera todo del Estado, considerándolo como la providencia terrestre. No concibe que el Estado debiera darle lo que ha robado en forma de impuestos; no concibe tampoco que los sacrificios que hace diariamente al Estado no sirven nunca a sus intereses sino a los del Estado y de sus representantes que, a lo sumo, lo son por "la gracia de Dios".

o por la "voluntad del pueblo", según la afirmación de las tendencias más avanzadas de la teología política: *Vox populi, vox Dei*.

Lo mismo que en la religión Dios es todo, el hombre nada, igual en la política, el Estado es todo, el súbdito nada. Estas dos máximas de autoridad celeste y terrestre: el "yo soy el Señor tu Dios" y el "soy el súbdito de la autoridad" están, desde el origen, unidas como hermanas gemelas.

Glorificando a Dios en el conjunto de la perfección absoluta, el hombre mismo, creador de Dios, no fué más que un miserable "gusano de tierra", una encarnación viva de toda vanidad y debilidad terrestre. Los teólogos y los escribas no cesaron de asegurarle que era un "pecador desde el nacimiento" y que no podría ser salvado del infierno más que por la revelación y la aplicación de los mandatos sagrados de Dios.

Atribuyendo al Estado toda la perfección terrestre, el súbdito se degradó a sí mismo hasta convertirse en una caricatura de impotencia espiritual, y los hombres de ley y los teólogos de Estado no se cansaron de repetirle que, en su naturaleza íntima, tiene todos los sombríos instintos del criminal nato y que no podría encontrar el camino de la virtud oficialmente reconocida más que por las leyes del Estado.

El divino "tú deberás" y el "estás obligado" del Estado, se complementan recíprocamente como el martirio y el yunque entre los que el hombre es aplastado. Los mandamientos de Dios y las leyes del Estado no son más que expresiones distintas del mismo principio de autoridad.

La imagen de Dios y la creencia de los hombres han revestido formas diversas en el curso del tiempo; la conformación exterior del Estado y la creencia gubernamental de los honrados súbditos, han sido sometidas igualmente a las transformaciones del tiempo. Pero la naturaleza misma de la cosa no ha cambiado puesto que bajo la envoltura nueva, se movía siempre el mismo principio de autoridad.

Lo mismo que el centro de las rivalidades entre las escuelas teológicas distintas era la cuestión de la "mejor religión", igualmente el espíritu del político acamó siempre alrededor de la cuestión del "mejor gobierno".

Como en el dominio de la religión hay judíos, islamitas, católicos, protestantes o mormones, hay en el dominio político monárquicos, constitucionales, republicanos, demócratas o bolcheviques; todos se devoran mutuamente, pero no obstante, — consciente e inconscientemente — persiguen el mismo fin: gobernar, dominar, ser los amos.

Los partidos no son en realidad más que iglesias políticas que, cada una en su modo particular, sirven al Estado, y del mismo modo que toda iglesia, no importa qué clase de religión sostenga, predicen la gloria de Dios observando severamente el ritual. En todas partes está la misma voluntad de sacrificio en los crédulos y el mismo deseo de poder en los "elegidos" que arrastran la existencia viva al altar para darla a una sombra muerta.

Aun en un dominio tan concreto como el de la vida económica de los hombres, el fantasma Dios está presente y exige por intermedio de sus sacerdotes, su tributo antropofágico. "El derecho de propiedad" ¿no es una simple transposición de la idea de Dios al dominio económico? Y toda la economía político-burguesa ¿ha sido nunca otra cosa que la teología de la propiedad?

Los escribas del derecho de propiedad proceden lo mismo que los teólogos de la Iglesia y del Estado: éstos consideran como su tarea principal el convencer a la horda de crédulos y súbditos de su nulidad absoluta; aquéllos se esfuerzan por sugerir a la masa de los productores o de los trabajadores el sentimiento de su dependencia fatal para poder someterlos más fácilmente a las cadenas de sus ídolos. Y como la teología de la iglesia y del Estado tratan de ocultar el origen y la naturaleza de su Dios en las regiones nebulosas del misterio, lo mismo sus representantes en la vida económica no escatiman ningún medio para hacer desaparecer la verdadera naturaleza de la propiedad tras los velos oscuros de una extraña metafísica.

La propiedad es divina y todo lo que es divino es misterio. En este espíritu, todas las constituciones políticas de los hombres — se trate de los reglamentos del Dalai-Lama en el Tibet o de la famosa legislación de 1793 — han rodeado la propiedad de una aureola de santidad y le han concedido el primer puesto en su legislación.

No hay duda: la propiedad es sagrada. Es una de las múltiples metamorfosis de la idea de Dios, que han salido de la imaginación del hombre y que no pueden vivir más que en las regiones de las sombras de la más oscura imaginación. Aquí también la apariencia se convierte en realidad, la realidad viva muere por una quimera.

De la misma manera que el fetiche aparece a los salvajes como la morada de un espectro, así sentimos nosotros en cada objeto que nuestros ojos ven y que nuestras manos tocan, el fantasma que se abriga en él. Detrás de las cosas visibles de la existencia real, el fantasma de la propiedad hace su aparición y aun el producto del trabajo de nuestras manos se nos figura un fetiche en que el demonio se ha refugiado.

¡Ah! vivimos todavía en la época del fetichismo, a pesar de toda la instrucción, a pesar de toda la ciencia.

A esta quimera no solo sacrificamos la mayor parte de nuestro trabajo, sino que le ofrecemos aun cuerpos vivos como alimento y nos embriagamos en el sentimiento de nuestra honradez burguesa.

El deseo de vivir del bravo súbdito es fuertemente excitado cuando, con el estómago vacío, pasa ante las vitrinas de los almacenes de la gran ciudad, y sin embargo no se atreve a tender la mano para tomar esas bellas cosas, aun cuando el hambre ahulla en sus intestinos, porque no está en condiciones de pagar el impuesto de sacrificio a la propiedad. Millares de seres humanos viven toda su vida en la mayor miseria en medio de una opulencia criminal que, diariamente, pasa insolente ante sus ojos ávidos. Y sin embargo, guardan aun más fielmente los mandamientos del sedicente "derecho de propiedad" que los crédulos guardan los mandamientos de Dios.

¡Ilusiones! ¡Por todas partes ilusiones! Danzas de fantasmas en el Gólgota y una vida palpitante sobre los altares.

Estando constantemente en relaciones con el mundo fantasmático de los dioses, nosotros mismos nos hemos convertido casi en fantasmas. Hay algo de sombrío, de pesado en nosotros que carga nuestro espíritu y que lo atrae hacia el misterio de los altares. La tradición de la servilidad está en nuestra sangre, como un veneno oculto que roe incesantemente nuestras fuerzas vitales y nos hace aparecer el mundo como a través de una embriaguez de opio. Ibsen había encontrado la parte débil de nuestro espíritu cuando puso en boca de la señora Aolung estas palabras: "No sólo lo que hemos heredado de nuestro padre nos asiste. Son todas las viejas ideas muertas imaginables y toda suerte de creencias muertas, etc.

"No viven en nosotros, pero están a pesar de esto en nuestra sangre y no podemos desembarazarnos de ella. Cuando tengo un periódico en la mano y lo leo, me parece ver los fantasmas que se deslizan entre las líneas. Es preciso que haya fantasmas por doquiera en el país. Es preciso que sean tan numerosos como los granos de arena en el fondo del mar. ¡Y además todos tememos tanto a la hoz, uno lo mismo que el otro!"

¡Sí! ¡y el fantasma está en nosotros; nos hace temer la hoz y nos determina cobardes. Temblamos ante nuestra propia sombra o nuestro espíritu inventa los sistemas más extraños para justificar nuestra debilidad y darle una apariencia heroica. Así la servilidad es una virtud, la sumisión un principio. Toda nuestra vida está llena de las "duras necesidades" que hemos engendrado y alimentado nosotros mismos, hasta que se han convertido algo así como en nuestro propio destino. Nos persiguen desde la cuna a la tumba y aprisionan cada uno de nuestros actos en un círculo de leyes sagradas y de concepciones tradicionales: Todo es para nosotros una obligación, inmutablemente. Tan pronto co-

Réplica a Víctor Serge

Antes de entrar en el fondo de la cuestión, pido a los camaradas que me invoco aquí el testimonio: Lean Kifort, Sirolle, Albert, Lemoine y Claudine Lemoine, Alejandro Berkman y Volin; respondan a esta cuestión: — las palabras que puse en boca de Víctor Serge, como habiendo sido pronunciadas por él ante ellos ¿son las mismas, sí o no?

Les ruego me desmientan de la manera más categórica si escribo una inexactitud cualquiera. A los lectores que no pueden saber si "soy yo" o "es Kilbatchiche el que miente, puesto que les es imposible controlar los hechos, y solo la simpatía personal o las afinidades de ideas pueden hacerles pronunciarse, es absolutamente necesario informarles.

Cuento, formalmente, con los amigos más arriba designados. Es preciso que se sepa, en fin, y una vez por todas, la verdad sobre ese mercenario sin valor, sin conciencia y sin dignidad.

Leendo el artículo que he publicado sobre él (*Le Libertaire*, núm. 163), Kilbatchiche ha sentido que se acababa su prestigio. Otros camaradas, llegados de Moscú lo habían ya atacado en la prensa anarquista italiana. Un poco en todas partes, se le repiten sus propias palabras pronunciadas en presencia de testigos — de quienes él no invocará el testimonio — y que son críticos despiadados de los métodos, de la táctica y de los principios fundamentales del bolchevismo.

Al lado de sus palabras de condenación decisiva de la obra del partido comunista ruso, que juzgan hechos históricos de una significación considerable, y no vagas generalidades, ¿qué valen las alabanzas por él pronunciadas en favor de aquellos de quien es el servidor consagrado y el traidor pérfido? Yo responderé punto por punto a los problemas y a los hechos que plantea. Si no quiere responder a "mis injurias", que se digne al menos aclarar mis afirmaciones. El, el gazmoño, me da una lección de cortesía. Pero que no se atrinchere tras una sedicente susceptibilidad o una dignidad altanera, más simulada que real. O al menos, si no quiere "rebajarse" a las polémicas personales, que pida a los que tomo por testigos, que me desmientan.

La permanencia del peligro

Kilbatchiche desvía la cuestión con una facilidad que constituye su único talento. La revolución rusa no es el parti-

do nos hemos liberado del viejo yugo, buscamos ardentemente otros santuarios para ofrecerles nuestra veneración. El primer día de la revolución, apercibimos algunos resplandores del crepúsculo de los dioses; pero al segundo día estamos ya dispuestos a arrojarnos ante nuevos altares.

Y cuando alguno de la raza de los "elegidos" viene a nosotros para enseñarnos los sentimientos humanitarios, o lo llevamos al cadalso o le llamamos santo. Los fariseos hicieron crucificar a un hombre; pero tres días después de su muerte, el error de los crédulos lo resucitó y lo convirtió en un Dios. ¿Cuándo vendrá, por fin, el viernes santo de Dios trayendo la resurrección del hombre?

¿Oís el grito lejano de la otra orilla? Retumba ebrio de esperanza, pleno de vida, a través de la noche helada, como un mensajero del porvenir. La bruma se disipa. Un deseo ardiente atraviesa el mundo como un soplo de primavera en marzo. Son los mensajeros del crepúsculo de los dioses que nos anuncian la fiesta de la resurrección.

¡Germinal! ¡Oís el grito palpitante en el aire, a media noche?

¡Germinal! ¡Renovador de la vida, anunciador de una nueva existencia, espíritu de destrucción, espíritu creador, nosotros te saludamos!

¡Germinal! ¡Germinal!

do comunista. Los millones de campesinos y de obreros que lucharon, de febrero a octubre de 1917, han realizado el acto de demolición revolucionaria, tanto y más todavía que las fracciones revolucionarias, cualquiera que ellas sean. Los mismos que expulsaron a Koltchak, casi sin ayuda del ejército rojo — nos lo has dicho tú mismo, Kilbatchiche — que contribuyeron por la organización espontánea de sus batallones de fábrica a rechazar a Yudenich, desorganizaron los frentes de Skouro, de Denikin, de Wrangel y han sido los héroes de la revolución rusa. Todos han conocido la permanencia del peligro, y esa necesidad ineluctable de defenderse contra la muerte, nos hace comprender a nosotros, anarquistas, que hemos defendido la revolución rusa cuando la mayoría de las tropas de la Tercera Internacional defendían y hacían la guerra del derecho, que muchas otras faltas han podido ser cometidas.

Yo tengo bastante experiencia de la lucha para no condenar lo que Kropotkin llamaba los "accidentes de la revolución".

No acuso a la revolución rusa. Acuso a los que en parte son responsables de su muerte; a los que, construyendo un Estado la han apuñalado por la espalda, voluntariamente o no, para construir su poder. De una parte, ciento treinta y nueve millones de habitantes. De otra, los sesiscientos mil miembros del partido, y sobre todo las pocas docenas de hombres que han hecho de ese partido un instrumento de dominación de los soviets, de los sindicatos y de las cooperativas, de todas las iniciativas de las masas revolucionarias.

El partido comunista ruso

Cuando, expulsados de los Estados Unidos por la ardiente propaganda que hicieron en favor de la revolución rusa, Emma Goldman y Alejandro Berkman llegaron a Petrogrado, Kilbatchiche fué el primer demoleedor del bolchevismo que encontraron. Durante seis meses, no cesó de hacerles descubrir los defectos y las taras del partido comunista. Es probable que no fué más benevolente cuando habló a Lepetit y a Vergeat, por que él mismo me ha asegurado que, a menudo, había visto a Lepetit angustiado ante el problema doloroso que se planteaba a cada uno de nosotros, llevar las manos a la cabeza y exclamar: "¿Qué es lo que voy a decirles? ¿Qué es lo que voy a decirles?"

La obra sistemática de centralización y de absorción de todas las corrientes de actividad revolucionaria y de eliminación o de sofocamiento de las otras fracciones de vanguardia, traía ya malos resultados. La invasión del partido por todos los explotadores de la revolución — antiguos policías, jueces, comerciantes, patronos, directores de fábricas, — consecuencia fatal de las prerrogativas dadas a los miembros del partido para la ocupación de los puestos responsables donde la especulación es más fácil y más provechosa, debía forzosamente hacer perder a ésta su primera virtud, y llevar la revolución a su fracaso, puesto que el partido se había apoderado de su dirección en todos los dominios de la vida económica y política. Esta fué y será siempre la meta inevitable de la dictadura de un partido sobre la revolución.

Cuando la asamblea constituyente fué disuelta por un batallón de soldados, las masas se ocupaban bien poco del poder. Este cayó en el ceno, y la revolución rusa, sin preocuparse, prosiguió su camino, organizando sus comités de fábricas, sus soviets, sus sindicatos, sus cooperativas, etc. Las minorías revolucionarias podían canalizar, orientar y dar esta obra fatalmente caótica, porque una sociedad no puede reorganizarse en un día. Pero no debían paralizarla creando un aparato estatal y haciendo que dominara — contradicción flagrante de los mismos marxistas — el aparato político al aparato económico y la actividad revolucionaria.

Vielando su doctrina, según la cual...

cialismo no es más que la conclusión del capitalismo, de la evolución mecánica de la historia, del perfeccionamiento de la economía y de la técnica, de la industrialización de toda la vida, estos hombres que estaban a la cabeza del partido comunista, se apoderaron de las banderas de la revolución. Obraban como gobernantes, no como marxistas.

Por qué después, han querido hacer del marxismo el principio fundamental de la edificación revolucionaria? Hoy vuelven a su vieja teoría: "Es preciso desarrollar conscientemente el capitalismo".

Hecha en estas condiciones que no estaban previstas ni eran aceptadas por "socialismo científico" y marxista, la revolución rusa debía seguir su propio camino, según las circunstancias, según las necesidades y su tendencia general apropiada, adversaria del salariado, de la explotación del hombre por el hombre. El relacionarla con el marxismo y mantenerla por la fuerza fué el "error" fundamental de los doctrinarios y de los hombres de Estado bolcheviquis.

Yo repito aún, Kilbatchiche, tus propias palabras: Reproducez una vez más que ya he publicado:

"En la habitación de Sirolle, habíamos un día del partido comunista ruso: Kilbatchiche discutía con Bandy y Petit: "Hay en el partido un sesenta por ciento de los miembros que están en la posición institutiva o consciente; treinta por ciento de especuladores y de aprovechadores y diez por ciento de elementos ortodoxos de acuerdo con las directivas de los jefes. El partido está organizado de tal modo que es imposible propagar sus ideas fuera de la pequeña agrupación a que se pertenece. Las decisiones del congreso que nos son favorables no son aplicadas nunca. Si se les quiere aplicar, se recibe una advertencia, y en caso de reincidencia, la expulsión. Además, todo está organizado en la forma que las opiniones de los miembros no son jamás respetadas. Así, por ejemplo, he visto elegir en mi sección de Petrogrado delegados al décimo congreso y os aseguro que los trotskistas han eliminados sistemáticamente".

Se había promovido una discusión entre él y Petit, que replicaba a alguna de sus afirmaciones; Kilbatchiche le respondió así: "¡Vosotros lo véis, camaradas! No digo que hay treinta por ciento de especuladores. Petit dice que hay más; esa es toda la diferencia". Después agregó, volviéndose hacia sus interlocutores: "Convenidme conmigo en que revolución gobierno son dos cosas que no hay que confundir".

Corrupción y dictadura de hierro, he ahí las "moers spatiates" del partido que estableció su poder. Son tus propias palabras.

El método que provocó esto, debía, una vez impuesto a la revolución, conducir al abismo.

La cuestión sindical

Las primeras organizaciones sindicales rusas, de tendencias claramente revolucionaria, fueron formadas en 1878. El partido social-demócrata surgió veinte años después. En ese intervalo, el movimiento corporativo ruso había sido de gran poder. El partido social-demócrata se inspiró en el largo tiempo. Aunque clandestina antes de la revolución, la acción de las organizaciones obreras revolucionarias era muy fecunda. Y los miembros de estas organizaciones eran mucho más numerosos que los del partido.

Fueron ensangrentadas, como el partido mismo. Pero los sindicatos rusos, que en junio de 1917 se reunían en un congreso que representaba a 1.375.000 miembros, podían adquirir conciencia de su posición, como el partido mismo. Los comités de fábrica, que eran su base, estaban constituidos por obreros, y si éstos fueron masacrados en igual proporción de los miembros del partido, esto no justifica la presión de éste sobre la organización sindical, ambos fueron debilitados, ambos debían constituir su camino. Al poner los sindicatos bajo su dominio al transportar las bases directrices del taller a la oficina, se ha introducido la corrupción que tú mismo mencionas, Kilbatchiche.

Pero hubo más que circunstancias adversas de una parte y error de táctica de la otra. Hubo, de parte de los dir-

gentes bolcheviquis, la firme voluntad de impedir el desenvolvimiento autónomo de la organización sindical, de ahogar en germen toda corriente sindicalista.

La represión contra la "Oposición obrera" es la prueba; tú has dado, Kilbatchiche, al camarada Lemoine, la traducción de un fragmento de la moción Lenin en el X Congreso del partido comunista. He aquí este pasaje: "También las opiniones de la "oposición obrera" y de los elementos semejantes son no sólo falsas sino que sirven aun prácticamente para expresar las oscilaciones pequeño-burguesas y anárquicas, debilitando la línea de conducta del Partido, y ayudando en realidad a los enemigos de la clase proletaria.

"Considerando lo que precede, el congreso del partido comunista rechaza enérgicamente esas ideas que expresan las declaraciones sindicalista y anarquista, y decide

"Reconocer como necesaria una lucha inflexible y sistemática contra todas esas ideas incompatibles con la doctrina del Partido".

He aquí aún una cita de la conclusión del folleto de Lenin: "La crisis del Partido". Este folleto está "reservado para los miembros del Partido". Tú no dejas de conocerlo.

"Nosotros tenemos que luchar contra la confusión de las ideas con los elementos malsanos de la oposición, que llegan a repudiar toda militarización de la economía, que llegan a repudiar no sólo el método de nombramiento, sino también todo nombramiento, es decir, el fin de la misión directriz del Partido Comunista ante las masas sin partido.

"Es preciso luchar contra la tendencia sindicalista, que es la ruina del partido". Podría multiplicar los hechos y las citas en lo que concierne al problema sindical ruso.

Mantengo la conversación Zinovief, a la que tú asististe, y que me has relatado, así como a los camaradas Albert, y Claudine Lemoine. Zinovief declaró que quería la ruptura completa con los elementos sindicalistas de los países occidentales. Tú me advertistes que esa ruptura había sido decidida para el próximo congreso de la I. S. R.

Sobre este asunto espero tu desmentido.

Cronstadt

Tú tienes poca memoria, pero yo la tendré por tí.

Durante los acontecimientos de Cronstadt, estabas en Petrogrado con Emma Goldman y Alejandro Berkman. "Es preciso hacer algo, no se puede dejar masacrar a gentes como esas, no se puede permanecer inactivos", no cesabas tú de chillar durante el movimiento y la represión que siguió. Y como Emma y Berkman te pidieran que comenzases, respondiste: "Es imposible; yo soy conocido en el Partido como anarquista; si comenzase yo se me arrestaría en seguida".

Hay un miembro de la delegación comunista francesa que ha tomado nota de tu "diario" en esa época. Has dicho exactamente lo contrario de lo que afirmas en la Vie Ouvriere.

Hay dos personas, comunistas franceses, que no eran delegados, y a las que tú remitiste un escrito de tu puño y letra, en el que dices exactamente lo contrario de lo que afirmas en la Vie Ouvriere.

He reproducido en Le Libertaire lo que me has dicho de los acontecimientos de Cronstadt, y que es exactamente lo contrario de lo que dices en la Vie Ouvriere.

Después de lo de Cronstadt, tú, Novomirsky y otros dos comunistas habías decidido dimitir del partido. Solo Novomirsky lo hizo. Ten al menos el pudor de callar.

Cronstadt fué la chispa de la revolución rusa. Y el Cronstadt revolucionario, los marinos a quienes los bolcheviquis llamaban las "águilas de la revolución", los soldados que preferían hacerse aplastar por los cañones del ejército rojo antes que aceptar viveres de Tchernow o la ayuda ofrecida por la flota inglesa, se indignaban de ver cada día a la "Tcheka" sanguinaria y a los comisarios despoéticos practicar una acción mortal para la revolución.

Las huelgas de Petrogrado (fin de febrero), brutalmente reprimidas, hicieron

desbordar una indignación largo tiempo contenida. La flota primero, el ejército rojo, después la población se insurreccionaron. ¿Qué pedían? He aquí lo esencial de la revolución de Cronstadt, que tú mismo has tenido en las manos:

1.º Derecho a elegir un nuevo soviet.
2.º Libertad de propaganda para todos los partidos revolucionarios.

3.º Supresión de los subsidios dados por el Estado a los comunistas por su propaganda, y el empleo de esos fondos en las escuelas.

4.º Derecho para todos los campesinos a cultivar toda la tierra que quieran y a tener los animales que puedan, a condición de no explotar el trabajo ajeno.

5.º Derecho para los obreros de entregarse a un trabajo individual (la gran fabricación estaba paralizada y solo el artesano podía desarrollarse y vivir) a condición de no explotar el trabajo de otro.

6.º La libertad de intercambio entre obreros y campesinos. Supresión de los destacamentos tchekistas que, colocados en los caminos, se apoderan de los víveres transportados de la campaña.

7.º Supresión de los destacamentos comunistas formados en los cuarteles, donde ejercen una opresión permanente.

8.º Liberación de los presos a consecuencia de las recientes turbaciones.

La resolución protestaba después contra las calumnias de Moscú que deformaban el sentido del movimiento.

He tenido en mis manos el Izvestia local, publicado en esa época. Se encuentran allí columnas enteras de nombres de comunistas asociados al movimiento.

Cronstadt pidió a la población de Petrogrado que enviase una delegación compuesta de obreros para darse cuenta del carácter del movimiento. Pero era seguro; no se respondió.

Tú sabes esto, Kilbatchiche. Tú sabes también que fué necesario elegir regimientos comunistas y tchekistas para apoderarse de Cronstadt.

Me detengo, porque este artículo es ya demasiado largo. Pero estoy bien seguro que has dicho cosas semejantes a Sirolle, a Xifort y a otros más aún.

La represión

La represión ha sido dirigida contra todos los elementos de la izquierda que no siguieron las normas de los jefes del partido. Al día siguiente del atentado de Leontievski todos los anarquistas de Moscú protestaron y reprobaron el acto; la mayor parte están hoy presos o deportados en Arkangel, Yaroslav, etc... No dirás que esos han tirado en la espalda de la revolución.

Llamado al pudor

Comentaba yo en Moscú, con la mujer de Króptkin, las inexactitudes contenidas en tu artículo: "Los funerales de Kropotkin". Como yo hablaba de rectificar, ésta me dijo casi con fervor: "No, os lo ruego, no respondáis. El nombre de Kropotkin en demasiado grande para que se le ponga al lado del de Kilbatchiche".

Gastón Levat

París, abril de 1922.

Los artesanos del porvenir

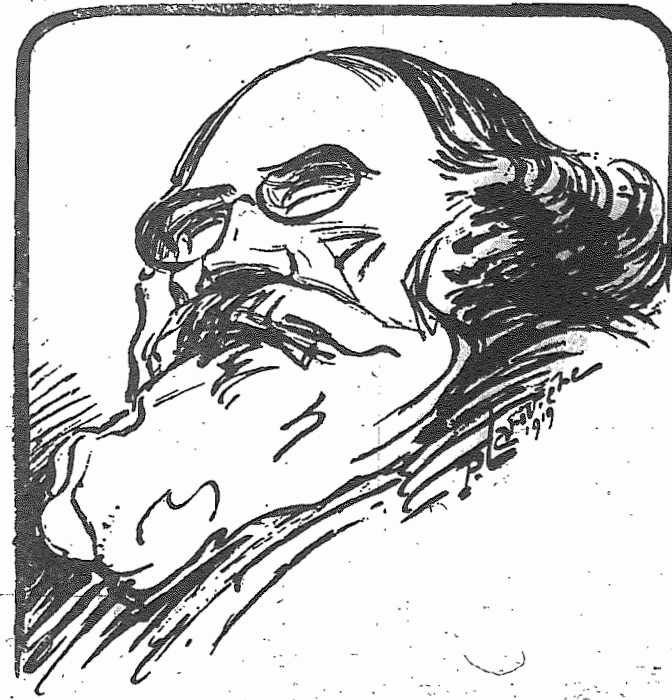
(Conferencia pronunciada el 27 de febrero de 1921 en París)

Por HAN RYNER

Ninguno de nosotros tiene la ingenuidad o la pretensión necesaria para hacerse "profeta"...; ninguno de nosotros osará predecir o adivinar el porvenir.

Sabemos todos que el porvenir será hijo de fuerzas innumerables que, aunque

son fuerzas vivas, con todo el misterio y el capricho de la vida; de aquellas propiamente que creemos conocer de un modo más profundo, ignoramos su duración, ignoramos su intensidad, ignoramos su ritmo.



Han Ryner

estuviesen todas definidas y fuesen todas puramente mecánicas, harían, solo por el número, imposible el problema de la composición de esas fuerzas; sabemos también que muchas de esas fuerzas, entre las más considerables, quizás nos son ignoradas; y las que creemos conocer ¿en qué medida las conocemos? No son, en efecto, fuerzas mecánicas;

cuántas veces se ha tomado por los comienzos de fuerzas eternas, por los comienzos de potencias durables, lo que era manifestación de una hora o de un año. Cuántas veces se ha tomado por movimientos que debían ir engrandeciéndose lo que era un flujo al que inmediatamente seguía un refluxo igual. Cuando nos proclamamos los artesanos

del porvenir, no es que pretendamos construir el porvenir lo mismo que una casa cuyo arquitecto ha trazado el plano con claridad. Y, si no tenemos esta osadía, no tenemos tampoco la pretensión, la ingenuidad de declararnos los artesanos del porvenir, porque todos nos otros constituimos parte de las fuerzas que producirán el porvenir, porque, sabiéndolo o no sabiéndolo, queriéndolo o no queriéndolo, colaboramos en el mañana por la sola razón de que vivimos hoy.

Entre esta osadía y esta ingenuidad ¿qué es lo que queremos decir cuando nos declaramos artesanos del porvenir, y de qué porvenir hablamos? En efecto, esa palabra vaga, esa palabra incierta, me asombra cuando se le emplea y cuando yo mismo soy impulsado a emplearla en singular.

Habrá porvenir: lo que está ante nosotros como lo que está detrás, tendrá sus caprichos y seguirá también sus ritmos naturales. Conocemos, en cierta medida, los destinos de la humanidad. Obedecen a ritmos análogos a las alternativas del día y de la noche, análogos a la sucesión de las estaciones.

Habrá, pues, no un porvenir, sino porvenires contradictorios, porvenires tan diferentes como el invierno y el estío. ¿Cuáles son los que nosotros queremos construir? ¿Los que soñamos, o los otros? ¿Los que ríen y triunfan, o los que lloran y se desaniman?

Todos. El hombre, por su potencia, por su genio, por su aplicación, ha logrado iluminar artificialmente sus noches; ha logrado caldear artificialmente sus moradas durante los inviernos más rudos. El hombre, cualesquiera que sean los caprichos imprevisibles y cualesquiera que sean los ritmos previstos de la naturaleza, ha logrado un cierto número de conquistas perpetuas, un cierto número de adquisiciones que nadie podrá quitarle. Es una de esas adquisiciones eternas que nuestro espíritu y nuestro corazón quisieran llevar al porvenir; una adquisición tan inmortal como el trigo, o como la domesticación del perro, o como el navío. Una adquisición, una conquista más noble, más bella, más importante. A todos los porvenires, a los que sean ardientes como el estío y a los que sean sombríos como la noche y a los que vendrán magníficos como un día de julio: a todos quisieramos aportar algo definitivo, algo que quede, algo que dure, algo que haga la vida humana más bella y más dulce; a todos quisieramos aportar la gran riqueza que está en el fondo de la humanidad, y que no llega a desprenderse: la fraternidad.

Quisieramos contribuir a hacer que el porvenir sea fraternal. Deseo que ciertamente no tiene nada de original ni de nuevo, deseo (os lo indicaré al momento) probablemente tan antiguo como la existencia misma del hombre. Al ver que este deseo permanece tal desde hace varios milenios y que no ha comenzado aún su realización ¿es que no deduciremos diversas enseñanzas? Y, junto a estas enseñanzas ¿es que deduciremos algo que no aliente o nos desaliente? Deduciremos enseñanzas de paciencia, pero también enseñanzas de perseverancia; enseñanzas de prudencia, pero también, a pesar de la primera apariencia, estímulos. Porque, lo constatamos con numerosos ejemplos, todos los deseos que el hombre ha llevado en sí durante largo tiempo, todos los deseos bastante esenciales para que no haya renunciado a ellos en el curso de los siglos, acaba por realizarlos. Pero los realiza después de milenios, y después de fracasos innumerables. Ahora bien, es preciso que los fracasos no nos desanimen nunca y es preciso que nos instruyan siempre.

Es difícil al principio constatar cuántos esfuerzos sin éxito fueron necesarios antes de obtener un triunfo, antes de lograr una conquista, porque la mayor parte de los grandes deseos humanos que hallaron su realización, la hallaron en el período prehistórico. Cualquiera que sea nuestra vanidad, por altivos que estemos de los descubrimientos nuevos, cualquiera que sea la necesidad que experimentemos de alabar el presente o el pasado próximo y, con un personaje que Schopenhauer nos presenta como un ejemplo de orgullo barato, de glorificarnos por ser nuestros propios contemporáneos, el hombre primitivo nos fué su-

perior en actividad intelectual y en potencia de invención.

Lo mismo que el niño es infinitamente más inteligente que el hombre hecho, lo mismo que el niño, en un pequeño número de años, descubre y conquista el universo, los hombres prehistóricos han sido infinitamente más geniales que nosotros los somos o podemos serlo. Han fabricado los primeros instrumentos, los que era preciso crear de varias piezas, los que debían servir para crear los otros. Es preciso un esfuerzo de genio aun para imaginar cuál ha debido ser su genio. Solamente los poetas de intuición profunda sienten el tiempo que fué necesario, las observaciones, los trabajos pacientes y los genios sucesivos para obtener, con los pobres materiales que ofrece la naturaleza, la plenitud nutritiva de la espiga, la plenitud gozosa del racimo. Solo los poetas pueden comprender lo que ha sido necesario de penetración, de atención, de perseverancia para lograr esa domesticación de los primeros animales que Buffon, en su lenguaje un tanto enfático, llama con razón la más bella conquista que el hombre haya hecho nunca. Sólo el poeta siente cómo los primeros navegantes han debido acorazar con triple bronce el corazón, y cómo ha debido iluminar, bajo su frente, la múltiple llama del genio. La creación del navío, como la creación de la escritura, como la creación del trigo de nuestros campos o la rosa de nuestros jardines, marca un genio maravilloso; y nada en los tiempos históricos puede igualarse a esas creaciones. Sin embargo, un problema bastante próximo, en sus primeras apariencias, al problema de la navegación, ha sido resuelto en los tiempos históricos; ha sido resuelto recientemente. Ha sido resuelto, yo creo, de un modo provisorio aún y precario; pero permite ver cuántos siglos de esfuerzos fueron precisos para realizar uno de esos sueños fundamentales de la humanidad; permite ver cuantos fracasos preceden al triunfo y que ninguna falta de éxito debe desanimar, sino que todas deben enseñarnos algo.

Comparado a la aeronave del porvenir, el avión actual pareciera quizás a nuestros descendientes tan elemental, tan simple, tan grosero como el tronco de árbol vaciado por el salvaje o el hombre primitivo en comparación de nuestros transatlánticos. Ahora bien, para llegar a esta solución, que nuestros descendientes considerarán, como primaria e infantil, ¿cuántos milenios han sido necesarios? No creáis, en efecto, que el sueño de volar sea un sueño reciente. No hay aspiración más antigua. La sabemos por el mito de Icaro. Sabemos que los hombres prehistóricos, puesto que condicionaban ese mito, soñaban ya en volar. Lo sabemos por los monumentos de Asiria y sus hombres alados. Lo sabemos por los relatos bíblicos sobre los mensajeros de Jehová, ángeles, querubines, serafines, que llevaban todos la gloria y la potencia de las alas.

Así pues, el sueño de volar por las alturas es un sueño que la humanidad ha llevado consigo desde que existe. Desde que un ser, por sus inquietudes y sus aspiraciones ha merecido el nombre de hombre, ha envidiado, sin duda alguna, al pájaro, por sus libres y sutiles movimientos en el aire.

¿Por qué han sido precisos tantos milenios para realizar este sueño? Es que, primeramente, nuestros sueños nos parecen tan fáciles o bien nos parecen tan difíciles que nos contentamos con expresarlos. No hacemos, durante mucho tiempo, más que poesía o teología. El ensueño del vuelo son los poetas los que primeramente lo han cantado. ¿Pero es que todos los hombres primitivos no lo hacían en el sueño, como nosotros mismos? ¿Cuál es aquel de entre nosotros que no ha soñado que volaba? Y cuando este sueño se ha producido un cierto número de veces, y cuando al despertar se ha constatado la inevitable decepción, he ahí que se complica desconfiado y tenaz.

"Si, yo sé, eso dura tanto como dura el sueño, pero cuando me despierte ya no habrá nada. Quizá, sin embargo, en los primeros momentos... Si, voy a ver si al despertar esta facultad dura aún algunos segundos o algunos minutos". Y se sueña que se despierta y que la facultad, ¡oh alegría!, no ha desaparecido completamente.

En tanto que un ensueño del sueño o que un ensueño del sentimiento poético queda en nosotros o no se exterioriza más que en palabras nostálgicas, en tanto que no procuramos realizarlo, ese sueño, naturalmente, permanece estéril, al menos en el plano material. Pero cuando queremos realizarlo, si obramos ingenua y directamente, producirá catástrofes.

Si ensayamos el lanzarnos desde lo alto de un promontorio y de batir el aire como el pájaro, estamos seguros de la caída.

Llega un día en que el sueño parece realizable sobre el plano material, llega un día en que se dice: busquemos los medios, los métodos. Los métodos que se ensayan primero se encuentran malos, se halla que son ineficaces, se constata que no ocasionan más que peligros. Es que siempre — nos es casi imposible hacerlo de otro modo — procuramos primeramente resolver un problema con los medios que se ha resuelto otro.

El navío es más liviano que el agua. Cuando se trató de resolver el problema que se llamaba, por una analogía falsa pero inevitable, el problema de la navegación aérea, se dirigió hacia lo más ligero que el aire y el éxito relativo del montgolfier ha retardado probablemente largo tiempo la verdadera solución. Fué preciso, para que el problema fuese resuelto que se renunciara a esa necesidad aparente de lo más ligero que el aire.

¿Es que la historia de este largo sueño y de su tardía realización no se parece a la historia de todos los sueños humanos fundamentales y de su tardía realización? Es que la historia de la navegación aérea no puede hacernos adivinar un poco lo que fué la prehistoria del navío, la prehistoria de la domesticación de los animales, la prehistoria de la creación de las primeras herramientas, de la creación del racimo, del trigo, de la rosa? Y sobre todo ¿es que no puede ayudarnos a saber un poco de antemano la historia de los sueños que realizaremos más tarde?

El sueño de fraternidad que tenemos hoy, o lo decía hace un momento, no es nuevo. Es tan antiguo como el sueño de volar; se remonta también a la prehistoria, se remonta al primer momento en que, en un cuerpo quizás vertical ya, ha latido un corazón humano. Y no es ésta una antigüedad que imagine arbitrariamente o que adivino. La vemos en una leyenda, infantil si se la toma literalmente, pero admirable como expresión de nuestra aspiración; en esa leyenda que hace salir todos los hombres de un solo punto de la tierra, que hace descender a todos los hombres, los amarillos como los rojos, los blancos como los negros, de una pareja única. Imaginar que descendemos todos de una sola pareja ¿es otra cosa que afirmar nuestro sueño de fraternidad? Y por lejos que podamos remontarnos en la prehistoria; uno de nuestros primeros héroes que conocemos ¿no es ese Sakya Muni, que iba repitiendo: Amaos los unos a los otros? Es la palabra de Jesús la que él difunde ya y que no se apagará durante los 500 años que separan a los dos héroes. Esta palabra ineficaz no es menos el testimonio de la necesidad de fraternidad que conmueve a la humanidad desde que existe. Y bien, ¿por qué no hemos realizado este sueño?... Pero ¿por qué no hemos realizado en el transcurso de los milenios el sueño de la navegación aérea? Porque nuestros sueños, que parecen siempre sencillos, son siempre muy complicados; porque nuestros sueños no pueden realizarse más que unos después de otros; porque, sobre todo, nuestros sueños no pueden realizarse en las tinieblas. Es preciso, para que nuestros esfuerzos tengan éxito, que lleguemos a la luz, es preciso que lleguemos al método y es preciso que lleguemos, después de ensayos infructuosos, al verdadero método.

Lo mismo que el ensueño del vuelo era inútil mientras permanecía como simple deseo, y que era preciso esperar a que fuese encontrado un verdadero método, del mismo modo el ensueño de fraternidad no puede dar nada en tanto que el verdadero método no sea encontrado y aceptado.

Este sueño parece más fácil que los otros, porque nosotros confundimos nues-

tro deseo de amor con nuestra potencia de amor, lo que es tan ingenuo como confundiésemos el deseo del vuelo la potencia del vuelo.

Error tan natural que Jesús y muchos otros han creído establecer el reino de Dios, el reino de la fraternidad, intentando: Amaos los unos a los otros.

Para bien, esto es más o menos lo mismo si se nos hubiese dicho: volad.

¿Es que no hay sobre nuestro ser terrior materiales tan pesados como de nuestro cuerpo y que nos impiden volar en el amor como los otros nos piden volar en el aire? La prueba que existen es que los que han regido la gran máxima: "Amaos los unos a los otros", no lograron otra cosa que multiplicar las querellas, las inquisiciones, las persecuciones, las hogueras, guerras. No os relataré esta lamentable historia: la conocéis todos. Pero ¿qué la potencia de amor no se confunde con el deseo de amor? Porque la potencia no se confunde con los deseos humanos; porque nosotros debemos quitarlos todos del mismo modo; que, cada vez que queremos modificar una cosa en lo que es, queremos una victoria sobre la naturaleza. Ahora las victorias sobre la naturaleza, como ha dicho un filósofo, no se obtienen que por la obediencia a la naturaleza esta obediencia exige primeramente conocimiento de la naturaleza.

No hay que obrar no importa, al azar; no hay que tratar de realizar los deseos ciegos, violentamente. No hará sino mal. Lo mismo que no que reunir a los pueblos al borde del promontorio y decirles: "Lanzaos en los brazos como los pájaros", o sus alas, y el Padre Celeste, que abandona a nadie, no os dejará caer del mismo modo no hay que decir: "Lanzaos en el amor y el Padre Celeste os salvará". No se crearían así que catástrofes.

Ah, ciertamente, algunos de los títulos del apostolado del amor nos quedamos. Amamos en ellos los testigos del gran deseo y que han creído a transmitirnoslo. Pero no desolemos por su falta de métodos no desolemos tampoco de los errores tóxicos de algunos otros.

Estos han sabido que el amor se ordena, como no se ordena el vuelo, la conquista del amor no se ordena por no se ordena la conquista del vuelo. Pero ellos se han dicho: "Las leyes constitucionales sociales, las coerciones las organizaciones consiguen que los hombres hagan a menudo lo contrario de lo que quisieran, ¿por qué no nos rían hacer que los hombres hicieran que en el fondo quisieran? La coerción social, consiguen el mal, que no lograrían el bien?" Y han dado el cuidado de cambiar las leyes, cambiar los gobiernos; han hecho revoluciones. Después de esas revoluciones han encontrado en el mismo estado antes y a menudo en un estado peor. Este método era demasiado fácil, demasiado directo, alimenta demasiado muchas esperanzas y fracasa ante la realidad compleja.

Del mismo modo que para llegar a resolver el problema de la navegación aérea nos fué preciso admitir la doctrina de lo más pesado que el aire, resolver el problema de la fraternidad igualmente es preciso admitir la doctrina del apartamiento de sus hermanos de la separación, es preciso admitir la paradoja del individualismo.

No se ordena a la naturaleza más obediéndola, pero no se le obedece a una manera dominadora más que obediéndola. El saber debe preceder al poder. O mejor dicho, un primer saber elemental debe preceder a un primer poder elemental. Saber y poder marchan luego paralelamente.

Se trata aquí de mandar a la naturaleza humana; es, pues, preciso que conozca. ¿Dónde es que puedo enseñar? ¿Cuál es el hombre que se enseña a sí sinceramente? Si lo quiero, mismo. Conócete, es el comienzo, el concepto primordial de todo método y de todo método social eficaz. No pues, de conocerme. La primera regla que hecho sobre mí me revela el más pantoso caos. Si me atrevo a decir primer mirada sobre mí ser interior revela más de exterior que de interior. Encuentro en mí mil cosas que...

fo, que no s
primerament
los que form
que de esa
un primer a
Encuentro en
la educación
tariamente p
riamente: por
esas palabras
naturaliza.
Es preciso
y más, que l
un poco más
oy yo. Yo
que a condic
zo a realizar
Conocerme.
Es uno de
por lo demás
a reaccionar
al efecto y m
ra ingenua
Es preciso,
cho antes d
escala. Supon
egrado desta
una medid
ficamente al
ar todo lo
apercibo de
o de contrar
Quizás no
ciencia. Si es
so mf cuerpo
a llama Nié
a adivinar, l
ciencia caótic
necesidades
manera abstr
rias; mi cuer
el corazón r
le que el cor
oración se co
la perjudiqu
realice suces
re los dos m
a que nada m
no haga de
radictorias e
racta — una
no sucede co
res; con mis
llego a libert
jes profundas
que alternan;
ni reposo es
una alegría;
mis visitas s
ni silencio s
alegrías, en m
en dolores: d
de enojo? Por
exteriores, se
en momentos
yo a mi ritmo
oy más que e
Para liberta
e, será preci
de todas las m
a libertarlo
de, es precis
lo de todas l
odas aquellas
urales ni ne
Cuando he l
de he libertad
libertado mi
con mis pres
tores en la a
encuentro en
en presencia
teramente yo
Me apercibo
necesidades son,
o equilibrio
itu que llama
libertad del q
me apercibo en
que tiene neces
le darse, de s
más y más. E
fraternidad, po
terme de tod
pretendía impo
des leyes, sea
lades material
pretendidas ne
actuales, sea
fraternidad.
Cuando llego
bo de que mis
resumen tamb
en consumir y
le que me dist
si tanto como
sed de libertad
corazón que h
manos diestras,
por mis manos

yo, que no son de mí. Encuentro en mí, primeramente muchos más de esos hábitos que forman una segunda naturaleza que de esa naturaleza que fundamenta un primer acto, como ha dicho Pascal. Encuentro en mí muchos más efectos de la educación que se me ha dado voluntariamente por las palabras o involuntariamente por los actos que contradicen esas palabras, que efectos de mi propia naturaleza.

Es preciso, para que me conozca más y más, que logre apartar de mí un poco, un poco más, siempre más de lo que no soy yo. Yo no llego a conocerme más que a condición de realizarme; no llevo a realizar más que a condición de conocerme.

Es uno de esos casos, innumerables por lo demás, en que el efecto y la causa reaccionan uno sobre la otra; en que el efecto y la causa, siguiendo la palabra ingenua de Pecuchet, se entrelazan.

Es preciso, pues, que me conozca mucho antes de que me realice en gran escala. Supongamos que yo he, por fin, logrado destacarme de lo que no soy yo en una medida que parece igual prácticamente al absoluto. He logrado rechazar todo lo que me es extraño y me apercibo de que todavía soy un conjunto de contradicción.

Quizás no hay allí más que una apariencia. Si escuchase y observase un poco mi cuerpo, mi gran sabiduría, como la llama Nietzsche, quizás me permitiría adivinar lo que hay detrás de la apariencia caótica. Mi cuerpo tiene también necesidades que, si las expresa de una manera abstracta, parecen contradictorias; mi cuerpo tiene necesidad de que el corazón reciba y expulse la sangre, de que el corazón se dilate y de que el corazón se contraiga. Pero basta que na- perjudique a mi corazón para que realice sucesivamente y alternativamente los dos movimientos necesarios; basta que nada me moleste para que el ritmo haga de estas necesidades — contradictorias en su sola expresión abstracta — una armonía completa. Lo mismo sucede con mis necesidades interiores: con mis necesidades profundas. Si llego a libertar mi ritmo, mis necesidades profundas se convierten en alegrías que alternan; si logro libertar mi ritmo mi reposo es una alegría, mi trabajo es una alegría; mi soledad es una alegría, mis visitas son alegrías; mi palabra y mi silencio son alegrías. ¿Por qué estas alegrías, en muchos casos, se convierten en dolores: dolores de fatiga, o dolores de enojo? Porque a causa de opresiones exteriores, se prolongan o se presentan en momentos inoportunos. Pero si supongo a mi ritmo completamente libre, no soy más que un ser feliz.

Para libertar mi ritmo completamente, será preciso que me haya libertado de todas las necesidades materiales. Para libertarlo en la medida de lo posible, es preciso que me haya emancipado de todas las necesidades inútiles, de todas aquellas que Epicuro llama naturales ni necesarias.

Cuando he llegado a este estado, cuando he libertado mi espíritu y cuando he libertado mi ritmo, cuando he apartado de mí mis prejuicios, las coerciones exteriores en la acción y en el reposo, me encuentro en presencia de mí ser real, en presencia de lo que en mí es verdaderamente yo y vivo.

Me apercibo entonces de que mis necesidades son, en efecto, un maravilloso equilibrio de esa libertad del espíritu que llamo individualismo y de esa libertad del corazón que llamo amor; me apercibo entonces de que soy alguien que tiene necesidad únicamente de ser y de darse; de ser más y más y de darse más y más. Entonces realizo en mí la fraternidad, porque he sabido desprenderme de todas las coerciones que se pretendía imponerme, sea en nombre de las leyes, sea en nombre de las necesidades materiales, sea en nombre de las pretendidas necesidades morales o intelectuales, sea en nombre de una falsa fraternidad.

Cuando llego a este punto me apercibo de que, mis necesidades materiales se resumen también en recibir y en dar, en consumir y en producir. Me apercibo de que me distingo de los animales, casi tanto como por mi espíritu que tiene sed de libertad, casi tanto como por mi corazón que tiene sed de amor, por mis manos diestras, por mis manos humanas, por mis manos que quieren trabajar y

que encuentran en el trabajo su alegría. Me apercibo también que tan pronto mis manos se esfuerzan por inscribir sobre la materia un poco de mi libertad intelectual, un poco de mi libertad sentimental, un poco de mi libre arabesco interior, como otras veces se esfuerzan hacia la producción industrial. Ahora bien, cuando se preocupan de las necesidades materiales de los otros hombres y más, su alegría, su libertad es producir lo más posible, en cantidad y en cualidad. Es preciso que permanezcan aisladas ferrozmente, apasionadamente individualistas, para la obra de arte; pero, para la obra industrial, es preciso que se asocien a las manos de los otros hombres. Esta colaboración, si es forzada, es la mentira social, la mentira y la esclavitud de las manos. Pero si es libre, es la riqueza y la libertad de todos. Si no exige que abandone mi libertad moral e intelectual, si es el fruto de la libertad de mi corazón y del corazón de los otros hombres, se convierte ella misma en la gran verdad y en la gloriosa libertad de las manos.

Desde que se apoya en la coerción, sea de la coerción directa de la esclavitud o del comunismo impuesto por una dictadura, sea la coerción del hombre y del capitalismo: la colaboración es servidumbre y vergüenza.

Pero cuando sea hija de la libertad del espíritu y de la libertad del amor, será alegría, riqueza, felicidad; será la humanidad tal como nosotros la soñamos.

Yo sé la objeción que se presenta a todos; se ha presentado a mí muchas veces, os ruego que la creáis. Se dice y yo me he dicho: "¡Diablo! ese método es demasiado lento. ¿Para cuándo, pues, es posible esperar una humanidad verdaderamente humana? ¿Para cuándo es posible esperar que los hombres sean hermanos prácticamente?" ¿Para cuándo? No lo sé. Pero cada vez que me hago esta objeción, es mi ignorancia y mi impaciencia quienes la hacen. Sé una cosa, y es que se manda a la naturaleza obedeciéndola. Sé una cosa, y es que todo cambio en lo que es, todo cambio hacia lo que yo quiero, es un triunfo sobre la naturaleza y que tales combates nos llevan a la victoria a condición de que seamos minuciosos, escrupulosos, atentos colaboradores de lo que deseamos doblegar a nuestros propósitos. Yo sé que, si quiero tener éxito, estoy obligado a consentir en las lentitudes de los ritmos naturales. Por consiguiente, cuando me digo que este método es demasiado lento, estoy sin embargo obligado a confesar que es el menos lento de todos, porque es el único eficaz.

¿Cuán lento el camino que debía conducirnos hasta el aeroplano!... Hubiese sido mucho más sencillo ir al borde del promontorio y lanzarnos al abismo moviendo los brazos como alas.

Este método rápido era más lento en realidad; no podía llevar más que a catástrofes y jamás a un resultado eficaz. La solución de lo más pesado que el aire, parecía "a priori" un absurdo y sin embargo lo más ligero que el aire era un atoladero. Así, la propaganda del apostolado de amor no puede llevar más lejos que la locura de precipitarse desde lo alto del promontorio y las revoluciones nos lanzan en los callejones sin salida. Y, sin duda, estamos profundamente conmovidos por todos los grandes mártires del deseo fraternal, hayan empleado el método del apostolado o el método de las revoluciones. Pero el sentimiento que nos inspira es complejo, como el que nos inspira la muerte de Pilatre des Roziers, por ejemplo. El aeronauta saluda en él el testimonio de un deseo que hemos realizado por fin, y aprende de él, aprende en su muerte que no es necesario ser víctimas del mismo método.

Lo mismo, nosotros amamos, en todos los apóstoles religiosos, como en todos los mártires de la revolución, los testimonios del gran deseo de fraternidad que esperamos realizar un día. Pero no hay que imitar sus errores.

Yo sé que hay quienes, ante esperanzas tan lejanas y tan indeterminadas, retroceden; hay quienes se dicen que esperanzas tan vagas equivalen a no esperanza, sino a desesperación. A éstos les hablaré quizás con un amor más fraternal que a los otros. Y les diré: No hay necesidad de esperar — la palabra es célebre — no hay necesidad de esperar

para emprender, ni aún para continuar. Agregaré que si no espero nada para el porvenir colectivo, no por eso debo dejar sin resolver mi problema individual, no por eso debo dejar de crear en el presente mi felicidad. Ahora bien, la historia nos muestra que un pequeño número de hombres han conseguido crear su felicidad y que todos lo consiguieron por el método de la liberación y del individualismo. Porque ellos han libertado su espíritu, su corazón, su ritmo; han sido, con esperanza o sin ella, hombres admirablemente fraternales. Pero nosotros que esperamos sonriendo, apliquémonos a que nuestra esperanza no haga jamás temblar nuestra mano y no nos precipite nunca en los métodos precoces. Nada de impaciencia: los métodos precoces, aun en las circunstancias más favorables, aun cuando no lleven a la catástrofe, no dan más que apariencia y prioridad.

Los antiguos, en ciertas fiestas plantaban, en la tierra apenas removida, ranas cubiertas de hojas, de flores y a veces de frutos: es lo que llamaban los jardines de Adonis. Pero sabían bien que los jardines de Adonis no estaban hechos para durar y hablaban de ellos proverbialmente para designar todo lo que, rápidamente construido, sería destruido rápidamente.

Hoy, en ciertas regiones del mediodía de Francia, se desea poner verdura en la mesa de navidad. El día de Santa Bárbara, y semanas antes de la fiesta, se siembra en los platos y en las salvillas granos de trigo que se riegan con un poco de agua. Esta semilla en el momento deseado da una hermosa yerba que recoge la mirada. Pero no es de ella de la que se espera el pan. Algunos días después está segada y seca.

Nosotros que queremos que un día se alimente la humanidad del trigo de la fraternidad, sabemos que estamos en diciembre y que no se cosecha antes de agosto. Nosotros que queremos que un día los hombres se agrupen en el Paraíso Fraternal sepamos que los grandes árboles son de largo crecimiento y no exijamos que, desde que se han plantado los granos, den sombra.

Queridos amigos, cada cual puede una cosa, cada uno de nosotros puede producir en sí mismo un hombre tal como sueña a los hombres futuros. Que cada cual realice ese acto que parece primeramente mediocre y que es la más maravillosa y más rara de las obras maestras. Que cada cual se esculpa y se realice como sueña al hombre futuro. Y en las mismas fealdades y tristezas del presente, formaremos ya un maravilloso oasis de bondad y de amor.

Un escritor negro gana el premio Goncourt

Lo que dice acerca de la civilización

Sobre este extraño discernimiento del premio Goncourt a un escritor negro, René Maran, algunas publicaciones literarias del país, dieron unas vagas noticias. Se ocuparon, pero con esa superficialidad que le es peculiar a las revistas argentinas que si bien rozan todos

Por nuestra parte, con algunos datos publicados por "The New York Times book Review and Magazine" y el libro recientemente llegado a nuestras manos, trataremos de informar a los camaradas, sobre este extraordinario caso literario y sobre esta aun más extraordinaria no-



RENÉ MARAN, quien, con su novela "Batouala", premiada por la Academia Goncourt de Francia, ha escrito una formidable requisitoria contra el imperialismo de las razas blancas.

los temas, no se detienen en ninguno. Es este un procedimiento de bric a brac que condice perfectamente con los gustos del público, el cual, a su vez, retribuye esta atención haciendo la fortuna de editores poco escrupulosos.

vela, que es una acusación formidable contra los métodos empleados por los "civilizadores" blancos. Batouala, es un cuadro sombrío de la vida actual de los nativos de las posesiones francesas en el Africa Central. Más

que una novela, en el sentido usual de la palabra, es una sucesión de bosquejos salvajes y animados. Es una requisitoria inexorable contra los jefes blancos de Africa, un análisis severo de lo que la "civilización" ha significado para algunas de las tribus que hace unas pocas décadas no conocían casi nada de las empresas francesas.

El autor de *Batouala*, en una reciente visita que hizo a París, fué presentado a Henry Regnier, a quien dió a ojear los manuscritos de su novela. De Regnier la leyó en el término de 24 horas y tanto le impresionó que antes de las 24 siguientes ya tenía impresor que la publicara.

Complacido con este buen éxito Maran abandonó París, rumbo al Africa Central, a empezar de nuevo sus quenceras en la administración de una colonia francesa.

Pero un buen amigo suyo, en Francia, determinó que *Batouala*, merecía aun un mayor honor que el de ser gustada y dada a la publicidad por Henry Regnier. Este amigo, Marcel Gahisto, a quien el autor había dedicado su libro y a cuya invitación había hecho sus pocas visitas a París, presentó *Batouala* a la consideración de la Academia Goncourt.

Los miembros, entre los cuales hay algunos de los hombres de letras más celebrados de Francia, se sintieron fuerte y favorablemente impresionados por la novela del negro. Cuando llegó el momento de votar la asignación del premio de 1921, el resultado fué cinco votos a favor de *Batouala* y cinco a favor de *Epithame*, de Pierre Charlonne, obra que está despertando gran admiración en Francia. Según las leyes que rigen la asignación del premio, el presidente decide en caso de empate, y votó esta vez por *Batouala*. Además de Maran y Charlonne, no menos de nueve escritores franceses, que escribieron novelas el año pasado, recibieron uno o más votos en el balotaje.

René Marán es el primer representante de la raza negra a quien toca el honor, desde la institución del premio Goncourt en 1903. Es también el primer candidato que se premia, sin saber él que era un candidato.

Nació Maran hace 34 años en Burdeos, Francia. Sus padres fueron negros, nativos de las Indias Francesas Occidentales; el padre vino de la Martinica y su madre de la isla de Guadalupe. De estudiante comenzó a escribir y tuvo buen éxito con una serie de poemas y otras piezas aceptadas por *Le Beffroi* de Lille, periódico caracterizado por su benevolente disposición hacia los jóvenes escritores. Más tarde los editores de este diario publicaron dos libros de versos de Maran: *La Maison de Bonheur* y *La Vie Intérieur*. En esta época fué cuando Marán conoció a Marcel Gahisto, también colaborador. Terminados sus estudios, el joven escritor se trasladó a las selvas del Africa, como empleado de una colonia francesa. El lugar en que encontraron al afortunado novelista las nuevas del honor conferido, en Fort Archambault, a dos días de camino de Lake Chad, en las posesiones francesas del Norte del Africa Central. Hay once funcionarios franceses estacionados en esta avanzada de la civilización. Todos, excepto Marán, son blancos.

Antes de escribir *Batouala*, la obra de Marán había llamado poco la atención en los círculos literarios y las primeras referencias que acompañaron la noticia, de habérselo asignado el premio, fueron de poca monta: Era un amante del sport, formidable futbolista, informó a sus lectores un diario. También se le hizo la concesión de ser amante de largas jornadas y de tener un gusto apasionado por Africa y todas sus cosas. Es seguro que el Premio Goncourt en los diez y ocho años de existencia, nunca había sido asignado a un escritor del cual supieran tan poco los otorgantes y sus compatriotas.

Batouala, expone su autor en el prefacio, es simplemente una serie de grabados al agua fuerte. Toma el nombre de uno de los principales personajes, un caudillo de la región de Ubangi-Chari, subdivisión comprendida en el Africa Ecuatorial Francesa. *Batouala*, rodeado de sus nueve esposas, de sus médicos, de sus cazadores y guerreros, vive a la manera primitiva en una de las varias poblaciones, sobre las cuales mantiene poder nominal. Mas, aunque parece el mo-

narca de todo lo que vigila, el poder real está concentrado en el comandante local francés y su gendarmería de nativos. El comandante apenas se le interesa por el bienestar del nativo, y está presentado como típico de un sistema de opresión e injusticia, tratado por Marán con franqueza inextinguible.

"El blanco, dice uno de los personajes, el padre de Batouala, nos ha dado únicamente tres cosas que valgan la pena: la cama, la cómoda silla y el ajenjo".

Batouala tiene una favritita llamada Yassiguindja, a la que vigila celosamente. ¿No dió acaso en pago de ella, entre otras cosas, una caja de sal, tres adornos de cobre, un perro, seis gallinas, veinte cabras, cuarenta canastas grandes llenas de mijo y una esclava? Mas ella mira con ojos amorosos a Bissibingui, joven nativo, un regular don Juan, buen amigo de su esposo. *Batouala*, pasado un tiempo, sabe que Bissibingui ama a Yassiguindja y que ella le corresponde. Resuelve deshacerse del joven y emprende su plan criminal sin prisas — en Africa no piensan en llevar a cabo tales cosas precipitadamente — "la venganza es manjar que no se come caliente".

Pronto comprende Bissibingui que el reyzeno hace planes para matarlo: él también resuelve entonces matar. Atraería con halagos a *Batouala* a algún sitio solitario y allí, haciéndole saltar los sesos, incendiaría luego las malezas, atribuyéndolo al fuego la muerte de su rival? ¿O fingiría arrojar el arma de caza a alguna fiera, atravesando a *Batouala*? Tales pensamientos lo asaltaban cuando encontraba a Yassiguindja en los lugares de la cita. También ella, la amante, está en peligro de muerte. Se le ha acusado de haber ocasionado la muerte del padre de *Batouala*, con el mal de ojo. En la aldehuela del caudillo se tramaban planes para matarla como venganza.

Yassiguindja apura a Bissibingui a que huyan a algún otro sitio del Africa francesa para que allí se haga miembro de la gendarmería de un comandante francés. Le pinta con colores seductores la vida de las pequeñas tiranías, para las cuales vive el gendarme nativo. Si una población no quiere ofrecerle presentes generosos, ¿no es fácil que él vaya a donde el comandante a informarle que se está tramando una revuelta contra los franceses? Entonces el comandante impartiría las órdenes de arresto, o confiará al informante el mando de una fuerza armada con la cual podrá atacar y destruir el lugar. Después habrá abundancia de mujeres y ganados para distribuir entre los hombres del comandante. ¿Una vida deliciosa! Bissibingui piensa seriamente en adoptarla.

Sin embargo, antes de llegar a una resolución, asiste a una cacería organizada por *Batouala*. Enorme pantera se enfrenta a Bissibingui. En el mismo momento el arma de caza de *Batouala*, lanzada por las propias manos del caudillo, pasa silbando junto a la cabeza de Bissibingui. Un espectador casual podría pensar que el caudillo había lanzado el arma contra la fiera, pero Bissibingui, bien versado en el desarrollo de los celos en los esposos africanos, sabe perfectamente que *Batouala* no tuvo intención de matar la pantera. La muerte que Bissibingui había venido planeando contra *Batouala*, había sido asimismo planeada con igual cuidado por *Batouala* contra Bissibingui.

La retribución alcanza al pretendido asesino con aterradora velocidad. Bissibingui, en el instante en que escapa de morir entre las manos del esposo de su amante, se mueve también para evadir el salto furioso de la pantera. La bestia, enfurecida al perder su primera pretenida víctima, se arroja contra *Batouala*, produciéndole una terrible herida y desvaneciéndose luego en el soto.

Batouala se consume en honda pena. Son vanos los encantamientos de los médicos nativos. Al fin envían a decir al comandante francés que *Batouala*, el gran jefe, está en trance de muerte e implora la ayuda de los médicos blancos. El comandante responde que a él le tiene sin cuidado la pronta desaparición de *Batouala* y de todo el resto de su gente.

Uno tras otro van abandonando al jefe moribundo sus secuaces. En la agonía y ante sus ojos, dividen sus bienes entre los subalternos, porque ya lo miran co-

mo hombre muerto. Lo peor de todo es que Bissibingui, sin el temor de su rival, paséase con insolencia por la cabafia de *Batouala*, en donde es recibido afectuosamente por Yassiguindja. Los quemantes celos mueren a *Batouala* en el último esfuerzo. Levantándose de su lecho de muerto, encaminase tambaleando, impelido por la última gota de vida, hacia el sitio en que la pareja de culpables se encuentra. Presentándose repentinamente, como una aparición los aterroriza y huyen en una fuga abyecta y precipitada. Mas *Batouala* no puede seguirlos para castigarlos por sí mismos y, agotado, cae al suelo muerto.

Esta historia de amor y odio primitivo está desarrollada en medio de escenas emocionantes de la vida de los nativos del Africa Central. La descripción de una danza, revela a Marán no sólo como individuo que posee un caudal de conocimientos propios referentes a los negros de que escribe, sino también como escritor de capacidad zolesca, para agrupar detalles de corrupción, degradación y brutalidad. Su realismo es limitado; a ratos va a distancias ante las cuales vacilarían hasta los más extremos escritores franceses. Por otra parte, pinta cuadros de las desiertas regiones africanas, crea una atmósfera de vastos espacios y silencio y misterio, que recuerda a W. H. Hudson. Siempre, aun cuando sus tipos africanos danzan y se revelan en su locura, él es afortunado sugiriendo la desgracia que los acosa, la espada de Damocles que el blanco mantiene suspendida sobre sus cabezas. Arengando a su comitiva, puesta en cu cuclillas en la oscuridad que la circunda, *Batouala* exclama:

"Hace treinta lunas nos pagaban tres francos por cada kilo de nuestro cacao. Luego, repentinamente, sin la sombra de una explicación, todo lo que obtuvimos por la misma cantidad "banga", fué tres cuartos de franco. ¡Y ese precisamente fué el momento escogido por el gobernador para elevarnos el impuesto de 5 a 7 y después a 10 francos!

"No somos nada más que carne para apoyar los impuestos. No somos sino bestias de carga. ¿Bestias? ¡Ni siquiera eso! El blanco alimenta un perro y cuida un caballo, pero, a nosotros? Somos menos que estos animales, estamos a más bajo nivel que lo inferior. Los blancos nos matan lentamente!"

Y en medio de los murmullos de asentimiento de los que lo rodean, el padre de *Batouala*, viejo cínico, grita: "Menos lamentaciones y más licor!" Pide en voz alta ajenjo; hay una pequeña cantidad separada para *Batouala* y los principales de la comitiva.

No hace mucho que *Batouala*, su padre y la demás gente importante han bebido el brevahe del blanco para olvidar, cuando aparece el resto de la tribu, tambaleándose bajo la influencia de la bebida nativa hecha de mijo y maíz fermentados.

La noche termina en una orfía bárbara y brutal.

La situación desgraciada que Marán hace entrever, sirviéndose de los hombres de letras de Francia, para que lo ayuden en su empeño por mejorar la suerte de los negros del Africa francesa, es de las más horribles.

Con este mismo propósito va a publicar otras obras. "La novela del negro", es el nombre escogido para una de ellas. Los lectores de *Batouala* no abrigan dudas en cuanto a si Marán será inflexible en las acusaciones, cuando se lance a la campaña que piensa emprender. En el prefacio dice:

"¡Civilización, civilización, orgullo de los europeos y su osario de inocentes! Rabindranath Tagore, el poeta hindú, dijo un día en Tokio lo que tú realmente eras!"

"Tú edificas tu reino sobre cadáveres. Quieras lo que quisieres, hazlo lo que hazas, te mueves entre mentiras. A tu presencia saltan las lágrimas y se prorrumpe en gritos de dolor. Eres la fuerza que abate el derecho. No eres una antorcha, sino un incendio. Todo lo que tocas lo consumes!"

Y no se limita a generalidades; los años pasados en el Africa Central le han dado un conocimiento desagradable en extremo. "Habla de nativos forzados a vender sus mujeres a los blancos a precios entre quinientos y veinticinco francos; cita ejemplos de numerosos blancos res-

dentés allí, que se bebían quince grandes botellas de ajenjo en treinta días! "Y posteriormente, ¡ay! conocí uno que batía el record. Podía tomarse ochenta botellas de whisky en un mes!"

Del libre concurso de todos, mediante la asociación espontánea de los hombres con arreglo a sus simpatías y necesidades, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar luego a los más lejanos y generales, surgiría una organización social que tendría por fin el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, reuniría a toda la humanidad en fraternal lazo y se modificaría y mejoraría conforme se modificasen las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de amigos, es la Anarquía.

E. MALATESTA

Los Héroes

Hasta el presente la humanidad no ha carecido nunca de los grandes corazones que rebosan ternura, espíritu o voluntad y que emplean sus sentimientos, su inteligencia o su fuerza de acción en servicio de la raza humana, generosamente, sin pedirle nada en cambio.

Esta fecundidad del espíritu, de la sensibilidad o de la voluntad, toma todas las formas imaginables. Ya es el investigador apasionado de la verdad que renuncia a todos los demás placeres de la vida y se entrega con ardor a la investigación de lo que cree verdadero y justo, en oposición a las afirmaciones de los ignorantes que lo rodean. Ya es inventor que vive al día, olvidando hasta de comer, que apenas prueba el pan que una mujer solícita le presenta como a un niño, quien persigue tenazmente el viento destinado a cambiar la faz del planeta. O ya es el revolucionario ardiente para el cual los gozos artísticos y de ciencias, hasta los de la familia, le parecen desperos si no están al alcance de los, y trabaja para regenerar el mundo a pesar de la miseria y de todas las persecuciones. Es también el joven que escucha el relato de las atrocidades invasoras, toma al pie de la letra las yendidas del patriotismo que murmuran sus oídos y corre a inscribirse en cuerpo de voluntarios, marcha sobre nieve, sufre hambres y cae, al fin, el plomo mortífero del enemigo. Es también el pilluelo de París que, mejor pirado y dotado de una inteligencia fecunda, elige con mayor juicio sus patias y sus aversiones y corre a las rallas con su hermano pequeño y murgitando bajo una espantosa lluvia balas: "¡Viva la Comuna! Es así mi el hombre que se rebela ante una quiddad cualquiera sin preocuparse de consecuencias, y, mientras todos ac el espinazo, desenmascara la iniquidad se yergue ante el explotador, el pño tirano de un taller o el gran tí de un imperio. Son, en fin, todos grandes e innumerables sacrificios, nos ruidosos y por lo tanto mego nocidos, ignorados casi siempre, que pueden observar a diario, especian en la mujer, por poco que uno c tomarse la molestia de abrir los c observar lo que hace la humanidad, llo que le permite de uno y otro irse arrojando a pesar de la esclon y del despotismo de que es ví

Todos ellos forjan, unos en la ridad, otros en un círculo más g los verdaderos progresos de la hidad. Ella no lo ignora y porque ignora, embellece sus vidas con la la del respeto, escribe hermosas let los transforma en héroes de sus nes: de sus cuentos, de sus novela en ellos el valor, la bondad, el el espíritu de sacrificio de que ca mayor parte de la humanidad. T su memoria a sus hijos.

Sus recuerdos alcanzan hasta llos que tan sólo han obrado en cido círculo de la familia y de gos, venerando con su memoria tradiciones del hogar.

Pedro KROPO